

MARIO ESCOBAR



LA CUIDADORA Y LA VILLA MISTERIOSA

La cuidadora y la villa misteriosa

Mario Escobar

Copyright © 2025 Mario Escobar
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A todos los que necesitan conocer la verdad, aunque duela.

CONTENIDO

La cuidadora y la villa misteriosa

DEDICATORIA

PRÓLOGO

1ª PARTE: FONSAGRADA

1. El pueblo

- 2. Fermín
- 3. Exploración
- 4. Insomnio
- 5. Primer turno
- 6. El encuentro
- 7. Severiano
- 8. Sueños extraños
- 9. Incendio
- 10. Confesión
- 11. Cadáver
- 12. Temor

2º PARTE: ANDREA

- 13. Pasado
- 14. Infierno
- 15. Niños muertos
- 16. Peligro de muerte
- 17. La boca del infierno
- 18. Injusticia
- 19. Revelaciones
- 20. Alumnos
- 21. Venganza o muerte

3ª PARTE: QUIROGA

- 22. Volver a empezar
- 23. Encerrada para siempre
- 24. Suerte
- 25. Madre
- 26. Noche y día

[27. La verdad](#)
[28. Pecados del pasado](#)
[29. Sacrificio](#)
[30. Enfrentándose a la muerte](#)
[31. Salvación](#)
[32. Escape](#)
[33. Ambulancia](#)
[34. Pesadilla o verdad](#)
[35. Piedad](#)
[36. Amor](#)
[37. Escapatoria](#)
[38. Piezas rotas](#)
[Epílogo](#)

PRÓLOGO

Fonsagrada, Lugo, febrero de 2025

Voy a morir esta noche, pero lo que más rabia me da es que apenas siento que he vivido. El agua me inunda los pulmones y sé que esta agua no me purificará como la del bautismo. Las manos que se aferran a mi garganta no están consagradas; el rostro que veo borroso fuera del agua no es el de un ángel. El agua congelada comienza a adormecerme; sabe a musgo y estiércol, al intenso aroma de esta comarca en medio de la nada.

Mis ojos abiertos sienten cómo la sangre parece acumularse en ellos como si fueran a estallar.

Nadie puede ayudarme, nadie puede escucharme, una vez más soy invisible, como si nunca hubiera nacido, como si la vida fuera solo un destello, el sueño que se olvida en cuanto la consciencia vuelve a tomar el mando.

Estaba tan cerca de saber la verdad, tan cerca de encontrar la paz para mi alma, tan cerca de que los monstruos por fin pagaran por sus crímenes... Pero en este mundo no hay justicia, y no creo demasiado en el venidero. ¡Que Dios me ayude!

1ª PARTE: FONSAGRADA

1. El pueblo

A las afueras de Lugo, enero de 2025

El viejo Mercedes de los Salazar me logró llevar hasta mi furgoneta, el dinero me duró más. No me había llevado todo, aún me quedaba algo de conciencia, aunque esta sociedad no me ha dado nunca nada. Temía que la policía me detuviera, acabar en la cárcel, empezar de nuevo, pero cuando salí de Asturias me sentí aliviada, respiré hondo y no paré hasta Galicia. Nunca había estado antes, bueno, miento, solo una vez, aunque era muy pequeña y apenas recuerdo nada, por eso cuenta como si no hubiera estado.

Mi madre era gallega, pero había vivido siempre en Madrid. Allí tenía mucha familia, a la que nunca veíamos. Al parecer, no la querían mucho. Eran gente de pueblo, antigua, con sus normas y formas de entender el mundo. No les gustaba mi padre, no les gustaba nada que estuviera fuera de su comarca, no les gustaban los forasteros.

El amigo de mi padre era gallego, aquel hombre que me había arruinado la vida y que era el único que sabía algo. Me costó mucho encontrarlo.

Los viejos no tienen redes sociales; su huella digital es tan pequeña que podría haber pasado años intentado dar con él. Pero se me ocurrió cómo localizarlo.

Aquel hombre era ya viejo, cuando yo entré en la cárcel parecía un anciano, por eso llamé a todas las residencias de Orense y Lugo. Siempre pensé que era gallego por el acento y no creía que fuera a vivir muy lejos del pueblo, aunque en eso también tuve suerte.

Mientras conduzco hasta Fonsagrada solo pienso en una cosa: en hablar con él, pero tengo que ser lista, más que él. Si sabe quién soy no soltara prenda.

Por primera vez en mi vida no necesito dinero, pero necesito respuestas. Me he vuelto a teñir el pelo, pero esta vez de rojo, mis

ojos sin lentillas azules me resultan extraños, pero no creo que se acuerde de mí. Ya no soy esa adolescente rellena, ahora soy una mujer delgada, demasiado delgada, con los rasgos cortantes y una voz algo ronca. Ya no llevo trenzas, ni uniforme de colegio de monjas. Tampoco tengo las rodillas y la piernas llenas de heridas por jugar al voleibol, ya no soy una niña asustada. Bueno, de lo último no estoy tan segura.

Lugo es una bonita ciudad en la que una tiene siempre la sensación de ser observada. Llevo puesto un pantalón de pinzas, una blusa azul a juego y un plumas de esos finos que se llevan ahora. No he querido pasarme ya que en unas horas me voy a presentar en la residencia como auxiliar de geriatría. Se supone que no es un trabajo muy glamuroso: levantar y sentar a ancianos, limpiarles el culo y ayudarles a comer. Siempre me han dado miedo, no me preguntéis por qué, tal vez porque tengo un lejano recuerdo de mi abuela, la madre de mi madre. Una mujer seria, con dos líneas que le surcaban el ceño y la cara llena de surcos rojizos. Tenía la sensación de que era una especie de muerta en vida.

En la casa de los Salazar no me pudo ir peor, lo único que me faltó fue que me matasen y estuviesen muy cerca. A veces creo que estamos predestinados para algo y que, en cierto sentido, somos invencibles hasta ese día; otros me echo a temblar cada vez que pienso en el futuro y lo que me deparará.

El edificio está en el centro de la ciudad, en la rúa Quiroga Ballesteros. La fachada está descolorida, como si las lluvias de los últimos cien años no hubieran dejado de deslizarse por ella hasta robarle el último atisbo de color. El portal está abierto y el telefonillo, roto. Un cartel de latón renegrido indica el nombre de la empresa que gestiona varias residencias en la provincia. Subo las escaleras a oscuras; el día es tan gris que no penetra ni un rayo de sol por los ventanales polvorientos de hollín y mugre.

El suelo de madera húmedo cruje bajo mis zapatos y, cuando me paro frente a una puerta de madera de color verde oscuro, con una

mirilla enorme en forma de celosía, respiro hondo antes de tocar el timbre.

Aguanto el aliento mientras unos pasos se acercan hasta la puerta y se detienen, se abre la enorme mirilla dorada y entreveo un rostro joven, de piel muy blanca y ojos negros en los que el color de la pupila y el iris se confunden.

—*Bo día.*

No sé si responder en gallego o en castellano, en el currículo ponía que era de Burgos.

—Buenos días, venía por lo de la entrevista.

—Llega tarde.

Miro el teléfono un segundo, pasa un minuto de las diez, pero no digo nada.

La mujer me cede el paso, está vestida de negro, es delgada, se le marcan los huesos y las venas en el cuello. El pelo recogido en un moño está tan apretado que le estira la cara y su expresión es severa como una institutriz del siglo XIX.

Camino detrás de ella hasta un despacho de grandes ventanales, los cristales están cubiertos por unas cortinas marrones clarito, a pesar de que son ligeras apenas hay luz. Fuera se escucha la lluvia que comienza a caer fuerte, dentro el silencio hace que pueda escuchar mi propia respiración.

La mujer se sienta detrás de un escritorio desgastado de caoba, debió ser caro y bonito en otra época, cuando el mundo era aún pequeño y previsible.

—Imagino que ha leído las condiciones. No queremos holgazanas. Casi todas las que se presentan son latinas; yo no tengo nada en contra de esas mujeres, pero no son muy trabajadoras y se van sin avisar. Los ancianos necesitan estabilidad, serenidad y rutina. Nuestros usuarios son, en su mayoría, personas del campo: austeras y tranquilas. Están pasando sus últimos años con nosotros, y les debemos un respeto.

—No puedo estar más de acuerdo —le digo sin pensar y cuando la última palabra sale de mi boca ya me he arrepentido.

La mujer me mira severamente, como si fuera mi profesora y estuviera interrumpiéndola.

—Únicamente podrá librar los domingos. Los días de diario su trabajo es de 7 a 3 en turno de mañana; las semanas de tarde de 4 a 11 y el turno de noche hasta las 7 de la mañana del día siguiente. Cobrará igual haga el turno que haga. ¿Entendido?

—Sí, señora.

En ese momento me di cuenta de que no me había dicho ni su nombre.

—En sus horas libre podrá moverse por los alrededores, la finca es muy grande, también podrá estar en las dependencias del servicio, pero no puede ir al pueblo a no ser que sea por algo urgente. Se le pagará la comida y los gastos que ocasione, pero no abuse de la luz. Asentí con la cabeza y la mujer sacó un contrato de una carpeta de cartón verde. Me sentía tan intimidada que no me atreví a hacer ninguna pregunta ni a leerlo. Lo firmé en todas las páginas, y solo en el momento en que se lo entregué sonrió por primera vez. Sin embargo, aquel gesto de amabilidad me heló la sangre. Tenía la sensación de haber vendido mi alma al mismo diablo. Pensé que lo más sensato que podía hacer era salir corriendo y no parar hasta encontrarme muy lejos de Galicia. Pero, la mayoría de las veces, para nuestra desgracia, no hacemos lo que nos dicta la intuición. Sabía que terminaría arrepintiéndome, pero, precisamente, en eso consiste la vida.

2. Fermín

La mujer, que después me enteré que se llamaba doña Mariña, tomó el teléfono del escritorio y dijo algo rápido en gallego. Un par de minutos más tarde apareció un hombre al que el traje le sobraba por todas partes como si hubiera encogido con los años, caminaba encorvado y debía tener una edad indeterminada, como si se hubiera decidido a no cumplir más años. Podía ser un usuario más de la residencia, pero Mariña me lo presentó como el chófer y el jardinero.

El hombre me saludó con sus ojos azules, que las cataratas parecían sacudir como la espuma de las olas. Tomó mi maleta pequeña y comenzó a caminar.

—Nena, que el tren no espera —dijo la mujer. Me puse en pie como si tuviera un resorte y seguí al hombre, que, a pesar de los años, parecía más ágil que una gacela. Bajó las escaleras a toda velocidad, pero no salió a la calle; en su lugar, abrió una puerta de hierro algo oxidada y entramos en un garaje oscuro. En ese instante, pensé que aquel era el momento en el que me mataría y descuartizaría antes de enterrarme en el bosque. Pero, en lugar de eso, simplemente metió la maleta en el maletero. No sé mucho de coches, pero era muy viejo: una furgoneta Citroën de color azul grisáceo.

Me senté de copiloto. El asiento era duro y estaba muy frío, desgastado por décadas de uso.

El hombre dio un toque suave al volante y sonriendo con los pocos dientes que le quedaban dijo con un fuerte acento gallego:

—Es mi furgoneta Citroën 2CV AZU de 1955, una joyita, de estas ya no se fabrican, perteneció a mi padre. Es difícil encontrar repuestos, pero es tan básica que no necesita mucho arreglo.

El hombre parecía agradable a pesar de su tosquedad, me miró antes de abrir la puerta del garaje y su mirada me inquietó un poco.

En cuanto atravesamos la muralla comenzó a hablar, como si intentara llenar el vacío que nos separaba a los dos.

—La residencia está en el convento de Santa Clara. Con la

desamortización, el edificio pasó a manos del marqués de Chariño, que lo convirtió en un pazo. Pero después se lo dejó a las hermanas para que abrieran un orfanato. Al terminar la guerra, quedó abandonado durante mucho tiempo, hasta que la empresa lo convirtió en residencia. La mayoría de los ancianos son del pueblo y el resto, de la comarca. ¿Habla gallego?

Negué con la cabeza.

—Pues no se van a enterar, de todas formas, la mitad está mal de la cabeza o sordos.

Fermín siguió conduciendo por la LU-530 durante más de una hora y media. La furgoneta no pasaba de 90 kilómetros por hora y no parecía tener mucha prisa.

A partir de Baleira, la carretera se volvía más sinuosa, y los campos de maíz y los prados donde pastaban las vacas daban paso a bosques cada vez más tupidos de hayas, castaños, robles, alisos, fresnos, sauces y álamos. El verdor era tan intenso que lastimaba la vista.

Después de pasar la mayor parte de mi vida en la cárcel, todo aquello me parecía el paraíso. Apenas nos cruzamos con alguna furgoneta de reparto que iba de aldea en aldea vendiendo pan, leche y todo tipo de alimentos.

Los únicos seres vivos que logré contemplar bajo el cielo plomizo fueron algunas vecinas con pañuelos en la cabeza limpiando los campos o dando algo de comer a sus bestias.

—¿Sabe qué la comarca de Fonsagrada es la que menos habitantes tiene de toda Galicia? Ya nadie quiere quedarse en estas hermosas tierras. Son duras, pero generosas, como sus habitantes. Los rapaces prefieren Lugo o Santiago de Compostela, cuidar a las vacas y labrar los campos es muy duro.

Cuando el hombre se alejó del pueblo y tomó el camino estrecho por el que, a duras penas, cabía un coche, me agarré al asidero. La amortiguación no estaba en buenas condiciones, y pegábamos botes mientras la chapa sonaba como si fuera a descoyuntarse por los cuatro costados.

Las ramas de los árboles rozaban el coche. No se veían animales, pero me pareció escuchar un aullido, aunque no identifiqué si era de

un perro o un lobo. Al verme la cara de susto el hombre masculló.

—Los lobos son lo menos que te tiene que asustar aquí. Los muertos en estas tierras son más peligrosos que los vivos y por eso no hay que despertarlos.

Comenzó a llover en ese momento y el cielo estaba tan negro que parecía de noche. El viento húmedo podía casi masticarse a pesar de llevar las ventanillas cerradas y mi mano comenzaba a sudar sobre el cuero del asidero.

—Antes de la guerra aquí solo subían las clarisas, pero todas fueron asesinadas y violadas por milicianos. Decían que mataron a las niñas que cuidaban. A veces los ángeles son demonios y los demonios ángeles.

Terminó la frase justo cuando nos topamos con la verja de entrada, el muro estaba cubierto de enredaderas y moreras, apenas se percibían los ladrillos renegridos por la humedad. El hombre se colocó un chubasquero azul oscuro y corrió para abrir la puerta, después entró de nuevo en el coche inundando todo de agua y frío.

—La tormenta que viene va a ser histórica, dicen que el cambio climático. Son las lágrimas de las ánimas más bien.

El coche entró en la finca. Los árboles parecían retorcerse y sus raíces sobresalían como miembros amputados de antiguos cíclopes.

Al fondo se veían unas luces, como luciérnagas desenfocadas. Las luces fueron creciendo, al igual que mis esperanzas, pero cuando vi el edificio de piedra, que, aunque embellecido en parte, todavía parecía el viejo convento del siglo ^{xvii}, pensé en decirle al anciano que me llevara de nuevo a Lugo.

El hombre aparcó en un soportal y sacó mi maleta, la llevó hasta la entrada principal y me abrió la puerta.

—Entre, que este frío se cala en los huesos y luego no hay cómo sacarlo.

El hombre saludó amigablemente al celador que estaba en la recepción.

—Emilio, esta es la nueva.

Fermín se quedó pensativo, se quitó la gorra y después se rascó el pelo grisáceo y algo grasiento.

—¿No me ha dicho su nombre?

Me quedé muda. Había tenido tantos que apenas recordaba el mío verdadero.

—Lucía Paz —dijo con la voz ronca, apenas había hablado en todo el trayecto y el miedo me había resecado la boca.

—Emilio Miño, espero que se acostumbre a este clima. A veces llueve durante semanas sin parar.

—No se preocupe.

—Espero a que llame a Lourdes, para que la acompañe a su habitación. Comienza mañana, estamos escasos de personal, pero quieren que comience de turno de mañana. Cosas del director.

El hombre tocó un timbre y una mujer de unos sesenta años, de cuerpo robusto y pelo negro llegó tan rápido que no supe de dónde había salido. Me sonrió y a pesar de sus rasgos duros, de mujer sufridora, por primera vez me hizo sentir como en casa.

—Hola, soy Lourdes. ¡Bienvenida!

—Gracias.

Le quitó la maleta de la mano a Fermín y comenzó a caminar.

—Sígueme a tus aposentos —bromeó—, los criados ya se han retirado.

Cuando nos quedamos solas dejó de sonreír y se acercó para susurrarme algo.

—Nena, aquí es mejor que cumplas las tres reglas de los tres monos sabios: “No oír el mal, no ver el mal y no hablar al mal”.

No supe qué responderle.

—El viejo convento está lleno de pasillos misteriosos, pasadizos secretos y cuartos oscuros. No salgas de noche, ni entres en la iglesia, no mires a la oscuridad y sobre todo, no escuches la voz de los muertos que susurran en las paredes de este viejo pazo.

—Si querías asustarme los has conseguido —le contesté mientras sentía cómo se erizaba toda mi piel del cuello.

La mujer sonrió de nuevo.

—Nena, no estoy bromeando, en Galicia la frontera entre los muertos y los vivos desaparece, la verdad y la mentira no existen. Esos bosques milenarios que nos rodean están llenos de seres que no podemos ni imaginar, pero a pesar de todo eso, lo que hay en este lugar es mucho peor.

Llegamos a la habitación, un cuarto minúsculo con una cama, un armarito y una mesita. Más de lo que en realidad necesitaba.

—Nena, estoy en la habitación de al lado, si gritas podré escucharte. La cena es a las siete. ¿Has comido algo?

—No —le dije aún aturdida por sus palabras.

—¿Te gusta la tarte de Santiago? Aún queda un poco.

La mujer fue a la cocina y me trajo un pedazo de tarta. Después, cerró la puerta y me quedé completamente sola.

Eso no me asustaba, pero sí aquel sitio oscuro en medio del bosque. Tuve que recordarme por qué estaba allí: quería saber qué le había pasado a mis padres, y el único que podía contármelo era uno de los residentes del pazo.

Respiré hondo, y el sabor a almendra y azúcar logró calmar mi ánimo. Me tapé con la manta y caí en un profundo sueño.

3. Exploración

Me vino bien descansar un poco y tomar algo; me desperté renovada y más tranquila.

La habitación parecía más sombría: a la oscuridad de la tormenta se había sumado la negrura de la noche. Me estremecí al salir de debajo del edredón. Me puse de nuevo el abrigo y me acerqué al radiador. Parecía estar caliente, pero mis manos heladas apenas lograban robarle un poco de calidez.

Abrí la puerta y miré el pasillo en penumbra. No sabía qué hora era ni cuánto había dormido, pero no debía de ser demasiado tarde, me dije para animarme un poco.

“En peores plazas había toreado.” Aquel dicho de mis abuelos me hizo sonreír. Los padres de mi padre eran personas muy agradables, aunque murieron cuando yo aún era pequeña.

Caminé por el pasillo intentando concentrarme en la luz que entraba por una cristalera de la puerta que unía aquel área con la zona de pacientes.

Mientras iba hacia la puerta escuché un ruido a mi espalda, pero al girarme no pude distinguir nada en la oscuridad. Continué

caminando y me detuve de nuevo al oír otro ruido. Contuve la respiración y escuché unos pasos que se detenían, comencé a correr y cuando llegué a la puerta acristalada, que estaba cerrada, tiré con fuerza, pero no logré abrirla.

Los pasos se acercaban, me pareció observar una silueta y un fuerte olor a desinfectante.

—¿Se encuentra bien?

La voz parecía afable, lo que me hizo tranquilizarme un poco.

—¡Qué susto!

El rostro del hombre se iluminó en parte.

—Soy Severiano Gómez, psiquiatra auxiliar, he salido de mi cuarto y he escuchado ruidos, después la he visto correr.

El hombre abrió con facilidad la puerta. Era alto, con el pelo castaño peinado con la raya en el medio y se le hacían dos hoyuelos en las mejillas cuando sonreía.

—Mucho gusto —le contesté. Me puse roja como un tomate, aunque con la poca luz del final del pasillo no debió percatarse.

—¿Es la nueva? Estábamos esperando a una auxiliar de geriatría.

—Sí, acabo de llegar.

—¡Bienvenida! Nos vendrán muy bien más manos para trabajar. Varios de nuestros mayores han empeorado en sus enfermedades y tenemos a dos personas de baja.

Me gustó que el doctor los llamara “mayores” y no usuarios o ancianos. Parecía un hombre sensible y educado, muchas veces los doctores eran arrogantes y narcisistas.

—¿Quería comer algo? Me imagino que debe estar hambrienta.

—Tomé algo, pero me habían prometido una cena.

Severiano me acompañó hasta el comedor de personal. Tenía una voz muy dulce y una conversación afable.

Nos sentamos juntos después de escoger la comida: una lasaña que no tenía mala pinta y aún humeaba. Sabía a ultraprocesado, pero, sin duda, era mucho mejor de lo que había comido en la cárcel.

Lo mejor de haber tocado fondo era que lo único que quedaba por hacer era subir a la superficie

—¿Por qué has venido a trabajar justo a este geriátrico? —

preguntó el apuesto doctor. No podía contarle la verdad, mi vida estaba llena de secretos y era mejor así.

— Estaba en Lugo y me enteré de que necesitabais cubrir algunas bajas. Ya he trabajado antes con ancianos; es algo que me apasiona. Son personas llenas de historias, de las que tenemos mucho que aprender.

Los ojos del doctor se aguaron un poco.

—Mi abuelo falleció en Navidad. Era la persona que más quería en el mundo.

Aquella sensibilidad me enterneció, no hay nada más sexy que un hombre llorando.

—Yo también perdí a mis abuelos...

—Lo siento —dijo mientras posaba su cálida mano sobre la mía, fue tan solo un segundo, pero noté como si una corriente eléctrica me atravesase el cuerpo.

—Creo que vas a hacer un gran trabajo. La mayoría de los “maiores” son gente de campo, sencilla y que ha tenido una vida tranquila y sana, pero hay otros muy interesantes. Está Xoán Lugo, que fue farmacéutico, también la señora Andrea, maestra durante muchos años en el pueblo y otros muchos.

Miré a los ojos del hombre, parecía que llevara lentillas, pero sus ojos eran vivos y expresaban mucha ternura.

—Me ha alegrado mucho conocerte, me siento un poco perdida.

El doctor sonrió.

—Creo que mañana te toca el primer turno como a mí. ¿Te apetece que después te enseñe el pueblo y los alrededores? Hace un tiempo de *carallo*, pero si no saliéramos cuando llueve en Galicia nos quedaríamos siempre en casa.

—Me parece una idea estupenda.

—Te dejo, que tengo que ver a unos mayores.

El hombre se puso en pie. Debajo de su impoluta bata blanca apenas disimulaba un cuerpo esbelto y musculoso. Se despidió con la mano, y yo intenté que no se me notara demasiado que se me caía la baba. Abrí la gelatina que tenía de postre y comencé a

saborearla.

—El doctor Gómez es picar muy alto para ti, nena —dijo Lourdes que llegaba con su bandeja.

—¿Qué?

—Es el hijo del director.

—Creía que se llamaba Ángel Gutiérrez.

—¿Cómo sabes eso?

—Internet —le dije para salir del paso—. ¡Quería saber dónde me metía!

La mujer se acercó y me dijo al oído.

—Pues no sabes dónde te metes. Yo soy del pueblo y no me queda otro remedio, pero tú puedes trabajar en cualquier lado.

El doctor Gutiérrez estaba casado, pero su mujer siempre se encontraba enferma. Ingresó en un psiquiátrico y todo. La enfermera jefe de ese lugar era la madre de Severiano Gómez, y parece que hizo muy buenas migas con Gutiérrez. Se quedó embarazada de él y se casó con un pelanas para que no saltara el escándalo.

Hijo de un marqués, pero un pelanas. Severiano tiene los genes de su padre biológico y...

Se acercó Marisa, la jefa de los auxiliares y Lourdes se calló de inmediato.

—La nueva, ¿verdad?

—Sí, señora —contesté mientras me ponía en pie. En ese momento el tobillo se me enganchó en la silla y le derramé encima parte de mi postre.

—¡Pero qué *carallo!* —exclamó Marisa mientras su rostro se transformaba. Sus delicadas facciones rubicundas y su pelo recogido en un moño se tensaron.

—Lo siento —dije de nuevo mientras intentaba limpiarle con una servilleta.

—Espero que no sea tan torpe con los ancianos. Además veo que no habla gallego. Los de personal cada vez escogen peor a los candidatos —dijo mientras se alejaba haciendo aspavientos.

—Has comenzado a lo grande —me dijo Lourdes, y después me puso una mano en el hombro—. Vente, que te doy el uniforme y te

explico algunas cosas para mañana. Intenta pasar desapercibida la próxima vez. Creo que eres demasiado guapa para este trabajo, nena.

4. Insomnio

Lourdes me acompañó a mi cuarto después de darme todo el material y me advirtió que no saliera de noche y, sobre todo, que no fuera al pabellón psiquiátrico. Allí solo atendía a los ancianos personal especializado, y podía ser muy peligroso.

No tenía la más mínima intención de salir de la habitación. Ya lo había pasado suficientemente mal en la casa de los Salazar, con todos aquellos ruidos nocturnos y la habitación secreta. Pensaba portarme como una buena chica.

Mi objetivo era descubrir por qué mis padres habían muerto de aquella forma tan horrible y quién se había encargado de echarme la culpa.

Coloqué la ropa en el armarito, no era mucho, pero al menos las prendas eran mejores que en mi anterior trabajo. Ya no me encontraba tan apurada, el dinero de los Salazar estaba cumpliendo su cometido, me daba la oportunidad de comenzar una nueva vida, aunque tenía que pagar mis deudas con el pasado.

No puedo negar que fantaseé con el doctor García antes de dormir. También era una experta en enamorarme de gente que no me convenía.

Me debí quedar dormida hasta que el calor me despertó a medianoche. Tenía una sed terrible, seguramente por el estrés. Tenía la sensación de encontrarme ante un inminente peligro. No tenía agua en mi termo y en la habitación no había un lavabo.

Recordaba que los baños se encontraban justo enfrente, a unos pocos metros. No pasaba nada si cruzaba corriendo el pasillo, llenaba el termo y regresaba a toda velocidad.

Abrí con mucho cuidado la puerta. Sin pensarlo dos veces ni buscar la luz en el interruptor corrí hacia el baño y abrí la puerta que chirrió en forma de queja. Dentro el frío casi podía cortarse con un cuchillo. Comencé a temblar e intenté encender el interruptor, los fluorescentes parpadearon como si fuera una discoteca rural de los años setenta, pero no se encendieron.

—¡Joder!

Al menos entraba algo de luz por la ventana. Abrí el grifo y llené el termo.

Estaba casi terminando cuando escuché un ruido en uno de los retretes. Me giré, temiendo ver una rata o algo peor, pero lo único que encontré fue una puerta cerrada.

—¿Hay alguien ahí? —logré preguntar con la voz temblorosa. A pesar del frío comencé a sudar.

—¿Quién es? —pregunté insistentemente, el propio sonido de mi voz me asustaba. Decidí salir del baño a toda prisa y regresar a mi habitación, pero entonces escuché una voz.

—¡Ayuda!

La voz parecía débil, casi ahogada. Si no hubiera estado completamente segura de estar despierta, hubiera creído que todo formaba parte de una pesadilla macabra.

Intenté abrir la puerta, pero debía estar echado el pestillo.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que pida ayuda?

—No los llames, por favor. No quiero que me sigan torturando.

Encendí la linterna del móvil. No había cobertura y todavía no había introducido el wifi, pero sí miré la hora. Eran las tres y media de la mañana.

Intenté encaramarme en la puerta y echar un vistazo. Cuando alumbré al retrete la luz se reflejó en un pelo tan blanco que parecía un muñeco de nieve visto desde arriba.

—¿Está bien?

—Ellos quieren matarme —dijo la voz de la anciana que más bien parecía de ultratumba.

—Deje que llame a los celadores.

—¡No! —gritó mientras levantaba la vista. Sus ojos casi blancos por las cataratas me dejaron paralizada. Parecía la propia muerte mirándome a la cara.

No sabía qué hacer, mi obligación era llamar al turno de noche, pero no quería alejarme de la anciana, que al mismo tiempo me causaba pavor.

—No dejes que me atrapen, por favor —suplicó la mujer y por primera vez su tono de voz me pareció humano.

En ese momento, escuché pasos en el pasillo que se detuvieron

frente a la puerta. Me giré y vi a los dos celadores: dos hombres grandes y corpulentos, de pelo oscuro y algo canoso; uno con bigote y el otro con barba.

—Se nos ha escapado la vieja —dijo el de bigote—. Ten cuidado, es peligrosa.

Aquellas palabras me alertaron, pero después pensé en lo que podía hacerme una anciana.

La puerta se abrió en ese momento y, literalmente, sentí cómo volaba hasta chocar de espaldas contra la otra cabina, para luego caer al suelo.

La anciana salió como una exhalación, pero los dos hombres la tomaron por los brazos.

—¡Ya está bien! —le gritó el de barba.

—¡Parece poseída! —exclamó el otro.

Me puse en pie jadeando. Me incliné hacia delante para recuperar el aliento y, después, miré a los dos hombres.

—Nos la llevamos, gracias por entretenerla.

—¿Pero...?

—Es una de las locas de la parte de psiquiatría que se ha escapado. Siento que esto pase en tu primer día. Bienvenida al centro geriátrico de Santa Clara.

Mientras regresaba a mi cuarto no dejaba de temblar, me arrepentí de haber salido de habitación. Pasé el resto de la noche en vela. Si hubiera sabido rezar sin duda le habría pedido a Dios que me llevara muy lejos de allí.

5. Primer turno

No había dormido nada. Las ojeras me ribeteaban los ojos sobre mi piel pálida. No pude mejorar mucho mi aspecto. El agua de la ducha salía fría, y el pelo se me rizaba por la humedad. Al final me hice un moño y salí con el uniforme al pasillo helado. Por la mañana el centro parecía una nevera.

Miré por los ventanales de la recepción, el día parecía negarse a aparecer, la oscuridad era casi total, había parado de llover pero una

niebla espesa envolvía el valle.

El de recepción, a pesar de que acababa de comenzar su turno, parecía aún más somnoliento que yo.

—Están en la sala de enfermeras —me dijo mientras me señalaba el pasillo central.

—Gracias —le dije mientras corría hacia la sala y abría la puerta sin llamar. Todos se giraron para verme. Me puse roja como si me hubiera subido la fiebre a cuarenta.

—Bueno, la tardona es la nueva. Hoy pasará el día con Lourdes hasta que podamos sacar algo bueno de ella.

Aquellas palabras me parecieron tan humillantes que me limité a inclinar la cabeza.

—No hay muchos cambios en el servicio, el único importante es que ha fallecido Federico Fraga. Se llevan el cuerpo en una hora. Nos traen para ocupar su habitación a Eduardo Bazán, está encamado, por lo que no mejora la cosa —comentó la encargada con sarcasmo.

Me parecía horroroso que hablase así de los pobres ancianos, pero tenía que aguantarme las ganas de mandarla a la mierda.

Lourdes se acercó a mí y me guiñó un ojo. Después nos fuimos las dos a la sección 1, donde se encontraban los ancianos en mejor estado.

—No te preocupes, Marisa es una borde, pero al final te acostumbras. A nosotras siempre nos tocará esta sección; es la mejor. Los ancianos se valen por sí mismos y no se mueren tan rápido. Les tomas cariño y es muy difícil luego olvidarlos. Son personas, aunque la empresa nos obligue a tratarlos como simples usuarios.

Llegamos a la habitación de Clara, una dulce anciana de pelo corto y teñido de morado claro. Nos sonrió al vernos al vernos entrar.

—Buenos días —dijo la mujer con una alegría que me sorprendió.

—¿Qué tal ha pasado la noche?

—Muy bien Lourdes, ya sabes que tomo pastillas para dormir. En este edificio siempre hay ruidos, sobre todo de noche.

—¿De noche? —le pregunté algo asombrada.

—Sí, dicen que es por los enfermos de la parte psiquiátrica, que

suelen activarse por la noche, a pesar de que los atiborran a pastillas.

Arreglamos la habitación y le preparamos su medicación.

—Bueno, ya hemos terminado.

—Muchas gracias, Lourdes.

—¿No va a desayunar?

—No —dijo, negando con la cabeza—. Si comiera todo lo que me dan aquí, ya estaría muerta. En mi frigorífico guardo mis cosas y solo tomo los potajes, los platos de cuchara y algo de carne y pescado.

Salimos de la habitación, el resto estaban vacías, pero Lourdes me contaba algunas cosas de sus inquilinas, para que las fuera conociendo.

—¿La mayoría son mujeres? —le pregunté, quería saber dónde se encontraba Francisco Quiroga, pero no quería preguntar directamente.

—Sí, pero en la sección 2 hay más hombres. Nosotras siempre nos hemos cuidado más. Los hombres son más viciosos, les gusta mucho el alcohol y el tabaco.

—Eso está cambiando —le contesté mientras entrábamos en un nuevo cuarto. Me sorprendió que reluciera tanto. Todo estaba ordenado y limpio.

—No te sorprendas —dijo mi compañera mientras se ponía en jarras—. Esta es la habitación de la reina de Santa Clara, Andrea Troitiño.

La miré intrigada.

—La profesora Andrea.

Era la segunda vez que la escuchaba ese nombre en pocas horas, el médico también la había mencionado durante la cena.

—Me habló de ella el doctor García.

Lourdes se giró y se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué te dijo de ella?

Me sorprendió aquella reacción. Me senté en la cama y comencé a acariciar el edredón; siempre lo hacía cuando estaba nerviosa de niña, era una especie de ritual para poder relajarme. En el correccional y en la cárcel había tenido muchos ataques de pánico.

—No demasiado. Mencionó que era una persona muy interesante y que había sido maestra durante muchos años en el pueblo.

Lourdes se sentó a mi lado y después comenzó a hablar.

—Nena, en este pueblo han pasado muchas cosas. Todo el mundo conoce el pasado del otro. Creo que ya te conté que esto había sido convento, pero que luego lo convirtieron en palacio. Sus dueños lo usaban de residencia, pero entre los años veinte y treinta los marqueses lo convirtieron en orfanato, ellos vivían en Madrid y se lo dejaron a las clarisas. Estas tenían más de un centenar de niñas de cuatro a dieciséis años. La gente del pueblo siempre decía que las monjas eran crueles con las pequeñas, pero imagino que todo eso formaba parte de la leyenda. El caso es que, cuando estalló la Guerra Civil los milicianos las mataron a todas.

—Esa historia me la contaste ayer y casi no pegué ojo en toda la noche.

—Ya, pero te lo comentaba de nuevo, porque Andrea era una de las pequeñas en aquel momento. Logró librarse de las violaciones y fue al pueblo a avisar. Nadie hizo nada, todo el mundo temía a los milicianos. Luego las tropas de Franco tomaron la localidad y mataron a los milicianos.

—¿Andrea fue el único testigo?

—El único que queda con vida; el otro fue el padre del director, que era médico y atendió a algunas de las que sobrevivieron.

Me quedé sorprendida, aquella historia me parecía fascinante.

—¿Por qué te cae tan mal Ángel Gutiérrez y su hijo?

—Tienen el alma podrida, me imagino que lo llevan en la sangre. Ya te conté lo que hizo Gutiérrez con su esposa, Gómez ha hecho algo parecido con la suya.

—¿Está casado? —le pregunté sorprendida. No parecía tan mayor.

Lourdes me sonrió.

—Sí que te gusta. Severiano Gómez tiene casi cuarenta años.

—Le había echado unos treinta como mucho —le contesté sin creérmelo del todo.

—Bueno, será mejor que continuemos con el trabajo, queda mucho que hacer.

—Una última cosa. ¿Desde cuándo llevas trabajando aquí?

Lourdes me sonrió y con su cerrado acento gallego contestó:

—Veinticinco años, a los dieciséis ya estaba ayudando en la residencia. Por eso sé de lo que hablo, he visto de todo y lo que me quedará por ver. Tú te pasarás un año o dos y continuarás con tu vida, yo en cambio he visto morir a más de un centenar de ancianos. Este viejo convento está llenó de ánimas en pena, nena. Por eso es mejor que las dejemos en paz y ellas harán lo mismo con nosotras.

Lourdes hizo la señal de la cruz varias veces y se santiguó. No estaba bromeando, el miedo podía verse claramente en sus ojos oscuros y penetrantes.

6. El encuentro

Cuando terminé el trabajo, apenas podía enderezarme; me dolían mucho los riñones. Me di una ducha rápida para relajarme, pero el agua estaba demasiado fría.

Después, me cambié. Estaba deseando quitarme el uniforme. Casi había olvidado que el doctor Gómez había quedado en enseñarme el pueblo, aunque, después de lo que me había contado mi compañera, no estaba segura de que me apeteciera mucho.

Me dirigía al comedor para tomar el almuerzo cuando me crucé con una anciana muy guapa, era de baja estatura, pero parecía conservarse muy bien. No supe calcular su edad.

—¡Buenas tardes! Soy Andrea, tú debes ser la nueva. Lourdes ya me ha hablado de ti. Ya te habrás dado cuenta de que no puede estar con la boca cerrada.

La mujer no tenía nada de acento a pesar de haber nacido en el pueblo.

—Si necesitas cualquier cosa me dices. Conozco la residencia mejor que nadie. Ya sabrás que me crie aquí. Llegó con cinco años y cuando cerraron el orfanato apenas tenía nueve, me llevaron a uno de Auxilio Social, pero esa es una historia muy larga. Veo que tienes prisa —comentó la mujer mientras abría la puerta de su cuarto.

—Bueno, un poco. El doctor Gómez me prometió enseñarme el

pueblo y...

—Buen chico ese Gómez, mucho mejor que el director.

Era la primera vez que escuchaba algo bueno sobre el doctor.

—Una desgracia lo de su mujer, que se le fuera la cabeza siendo tan joven. Al menos la sigue cuidando.

Me sorprendió el comentario de Andrea.

—Creí que la había encerrado en una institución —le comenté confusa, Lourdes era un poco lianta y no sabía si fiarme de todo lo que me contaba.

—Sí, allí estuvo, pero hace una año la trajo aquí. Está en la parte de psiquiatría. Imagino que era para tenerla cerca y cuidarla.

—La dejo...

—Una cosa más. ¿No escuchaste ayer un golpe fuerte? Creo que venía de la zona de personal.

El día había sido tan intenso que apenas me había acordado de ello. El incidente a medianoche parecía más un mal sueño que algo que hubiera sucedido realmente.

—Una anciana se escapó de psiquiatría —le comenté sin darle la mayor importancia—. Me la encontré en el baño y me dio un susto de muerte.

Andrea pareció sorprenderse por primera vez.

—María Jesús Gallardo —dijo mientras la voz le flaqueaba—. Ella también lleva mucho tiempo aquí. No tanto como yo, pero la ingresaron cuando era bastante joven, unos sesenta años y debe haber cumplido los ochenta.

—¿Ochenta? Pues tenía una fuerza increíble —le dije sin poder salir de mi asombro.

—Aquí los ancianos son robustos —bromeó la mujer—. ¿Cuántos piensas que tengo yo?

Me quedé callada, es el tipo de preguntas que era mejor no responder.

—Tengo noventa y seis años, casi un siglo. Dios mío, a veces pienso que ha pasado todo tan deprisa.

La mujer me regaló una última sonrisa, debió ver mi cara de sorpresa y después siguió su camino.

Al final me acerqué al comedor y me serví pescado y guisantes.

Estaba todo muy rico. Cuando acabé volví de nuevo a mi habitación y recibí un mensaje. Ya había logrado conectar el teléfono a la red del centro.

“Ya estoy en la recepción, cuando quieras nos vamos”.

El mensaje del médico hizo que me diera un vuelco el corazón, pero al mismo tiempo en mi cabeza me martilleaba un pensamiento: “No te fíes de nadie y céntrate en tu misión”. Sabía que la mayor parte de las veces no seguimos nuestra intuición ni hacemos caso a nuestra cabeza, por eso me puse el abrigo y salí para enfrentarme a mi destino.

7. Severiano

Nunca he tenido mucha suerte con los hombres. Puede que, en parte, sea porque he pasado demasiado tiempo entre rejas. Severiano —el nombre era horrible— parecía todo un caballero, pero era mucho mayor de lo que creía y, además, estaba casado. En conclusión, un mal partido. Pensé que era mejor simplemente pasar un buen rato y relajarme.

El ambiente dentro del centro era muy denso. Un lugar con todo ese pasado y tantas muertes parecía albergar las ánimas de todos aquellos infelices, que deambulaban por los pasillos intentando recuperar algo de paz.

—Fonsagrada es un pueblo milenario —comentó Severiano, como si fuera un guía turístico. Estaba mucho más guapo que la noche anterior. Su pelo brillaba a pesar de que seguía lloviendo y la luz era algo mortecina, sus ojos verdes estaban a juego con el paisaje gallego—. La ciudad fue villa romana y comunicaba Lugo y Asturias. En la Era Cristiana se convirtió en paso obligado del Camino de Santiago, sobre todo por la capilla de Santa María, por eso mismo tiene varios hospitales medievales.

—No pensaba que sería tan importante, parece muy pequeño —dije sin medir mucho mis palabras y Severiano frunció el ceño.

—A principios del siglo xx había más de veinte mil vecinos, ahora

apenas llegamos a los tres mil trescientos y bajando. La gente ya no quiere vivir del campo.

Mientras caminábamos observaba los edificios viejos, las tiendas anticuadas y me parecía un pueblo más del norte de España que no había sabido cambiar con los tiempos y parecía anclado en el pasado.

Llegamos a los restos de la antigua fortaleza medieval y Severiano los miró emocionado.

—Estos son los restos del Castelo de Burón, pero los irmandiños lo destrozaron a finales del siglo xv.

—¿Irmandiños? —le pregunté intrigada, también quería mostrarle que me interesaba por sus comentarios.

—Vamos a tomar un café y te cuento más, además está comenzando a llover.

El bar O'Atallo era el mejor local de la localidad y tenía una gran chimenea encendida. En cuanto entramos todos los lugareños se giraron para observarnos. Al ver que se trataba de Severiano Gómez, le saludaron educadamente y siguieron a lo suyo, como si no quisieran inmiscuirse con nada relacionado con la familia de Ángel Gutiérrez.

Severiano me colocó la silla cuando me senté, me gustó ese gesto de caballerosidad. No sabía qué pensar de él, podía parecer tierno y amable, pero en ocasiones su rostro cambiaba por completo, como si llevara toda su vida a cuestas.

Quise sacarle alguna información sobre la residencia y la persona que estaba buscando: Francisco Quiroga.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en la residencia?

El doctor se encogió de hombros.

— Creo que va para cinco o seis años, no estoy seguro. El tiempo vuela a partir de cierta edad. Estudié en Santiago de Compostela y después estuve de residente en la ciudad. Pasé un tiempo en Ámsterdam, pero echaba de menos Galicia; ya sabes, la famosa morriña. Los gallegos hemos estado en casi todos los lugares del mundo, pero nunca olvidamos nuestra tierra.

Parecía algo nostálgico mientras hablaba, como si prefiriera su pasado a su presente. Aquel clima lluvioso volvía a la gente melancólica.

—¿Piensas ser el sucesor de Gutiérrez?

La pregunta debió hacerle gracia porque comenzó a reír a carcajadas.

—Todavía no conoces a Gutiérrez. ¿Verdad? A pesar de su edad está hecho un toro. Él solo mueve toda la comarca y tiene mucha mano en la diputación. El caciquismo no ha desaparecido aún de España —dijo algo apesadumbrado, más porque anhelaba ocupar el papel de su jefe y padre, antes que porque quisiera que las cosas cambiaran.

—¿Trabajas en la parte de psiquiatría? —le pregunté, pero en seguida me di cuenta de que me había pasado de la raya.

—¿Por qué preguntas eso? ¿No serás una periodista de La Coruña que quiere investigarnos?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Estás de broma? No tengo ni el bachillerato —le contesté disimulando mis nervios. Aunque la verdad era que lo había sacado en la cárcel.

—No tienes pinta, pero como aún siguen escarbando en lo que pasó durante la pandemia.

Severiano se quedó callado y me observó como solo sabe hacerlo un gallego.

—No sé qué paso durante la pandemia.

El doctor intentó pensar cómo suavizar lo que se había dicho del centro.

—Ya sabes, se criticó la actuación con los residentes, hubo varios fallecidos, nada muy diferente que en el resto de centros.

Sabía que era una de las cosas que tenía que investigar, no estaba en Santa Clara para descubrir los trapos sucios del centro, pero sabía que Francisco Quiroga tenía algo que ver con los asuntos turbios de la comarca y mi familia.

Por un momento temí que algún miembro de la familia de mi madre entrase en el bar, pero no creo que me hubiera reconocido. La última vez que había estado en el pueblo era una niña pequeña.

—Me han asignado la sección 1 y creo que a veces me tocará trabajar en la 2 —le comenté para desviarme del tema.

—Las mejores, seguro que te irá muy bien. Lo peor es la zona de dependientes y la de psiquiatría. En esas solo está el personal más bregado.

Eso me hizo recordar el incidente de la noche anterior y se lo conté brevemente. No parecía muy sorprendido.

—Ya te he dicho que es una zona complicada, por eso no es recomendable que salgas de noche. Llévate un orinal y agua, por si necesitas ir al baño.

—Lourdes me habló de uno de los internos en la zona psiquiátrica, Francisco Quiroga creo que se llama —lo dije con una sonrisa, como si fuera un simple comentario.

—¿Quiroga? ¿Por qué te han hablado de él?

Parecía alterado, de nuevo había cambiado el semblante. El salón olía a sudor y leña, ya habíamos terminado el café, pero fuera la niebla volvía a envolverlo todo.

—Bueno —dije mientras miraba por la cristalera—, simplemente mencionó el nombre. ¿Es alguien conocido?

—Mejor no hagas preguntas. Voy a pagar.

Mientras Severiano iba a la barra, uno de los hombres que estaba tomando una sidra se inclinó y me dijo:

—Ese Francisco Quiroga es peligroso, siempre hacía el trabajo sucio de los señoritos.

En cuanto Severiano se acercó el hombre volvió a lo suyo.

—¿Nos vamos? El rostro del doctor estaba muy serio. La visita no había sido como había imaginado.

No tardamos mucho en coche, pero a medida que nos adentrábamos en el bosque la niebla era mucho más espesa y el frío parecía penetrar por las ventanillas. Un frío que se te calaba en los huesos y no lograbas volver a sacarlo.

Paramos enfrente de la puerta principal y el doctor se despidió con un frío “adiós”.

Entré en el edificio y casi me choqué de bruces con un chico delgado con el pelo muy rojo, se sonrojó al chocar conmigo.

—Lo siento —dijo mientras se pasaba la mano por el pelo.

—No ha sido nada —le contesté aunque estuve a punto de perder el equilibrio.

—Me llamo Artai.

—Encantada.

—Soy uno de los nuevos también, pero estoy en el peor turno y en la parte de psiquiatría, pero no me quejo. La mayoría están tan drogados que pasan toda la noche roncando.

El chico sonrió y se le iluminó la cara, reconozco a alguien bueno a la legua, tengo un don para esas cosas.

—Me llamo Lucía.

Cada vez que mentía notaba un pinchazo en el pecho, pero no me quedaba otro remedio. Si conociesen mi identidad, estaba segura de que la gente se pondría a la defensiva y no podría conseguir ningún trabajo.

—Bueno, te dejo que me marchó a trabajar. Ya he cenado. Si te animas a vapear algún día me lo dices.

—Gracias —le contesté, aunque no solía beber ni fumar, el único castigo al cuerpo que me permitía era la comida basura.

Me fui al comedor y me encontré de frente con Lourdes, me miró con mala cara y me dijo en voz baja:

—¿Qué has hecho, nena? No te había advertido que aquí es mejor ver, oír y callar. Severiano me ha echado la bronca hace un rato, por hablarte de un tal Francisco Quiroga. Yo no te he hablado de él.

—Lo siento.

—¿Qué tienes tú que ver con ese señor? —me preguntó airándose por momentos.

Me encogí de hombros y le sonreí, pero eso no tranquilizó a Lourdes.

—¡Que Deus nos *garde* a todos! —exclamó mientras se santiguaba y desaparecía por el pasillo como alma que lleva el diablo.

8. Sueños extraños

Tomé poca cosa para cenar, pero me llevé a la habitación la gelatina; me estaba aficionando a ella. Me puse el pijama y me senté con las

piernas cruzadas. Al final, la visita con Severiano me había servido para algo. Quería saber más sobre lo que había sucedido durante la pandemia y de qué habían acusado al centro, así como sobre Ángel Gutiérrez y su familia.

El wifi no iba muy rápido, pero al menos tenía cierta comunicación con el mundo. Dudé antes de entrar; no sabía si la empresa podía ver lo que había buscado, pero tenía que arriesgarme.

Las noticias sobre la pandemia y el centro geriátrico Santa Clara no tardaron en aparecer. Era el centro con más fallecimientos en Lugo y uno de los que tenía el índice más alto de muertos en toda Galicia. La prensa decía que se debía al negacionismo del director, aunque un artículo de *El Progreso de Lugo* apuntaba una tesis más escabrosa. Afirmaba que el director mantenía a los ancianos dependientes y a aquellos con problemas psiquiátricos en condiciones pésimas.

Al parecer, algunos sanitarios que habían entrado en la zona de psiquiatría habían visto a ancianos atados, con la cama llena de heces y orina, que llevaban muertos horas sin que nadie los hubiera atendido. El director adujo falta de personal por la pandemia y que se había centrado en salvar a los que aún estaban bien. El caso lo había cerrado la Xunta, pero con todos los amigos y contactos del director, no era de extrañar.

Busqué información sobre la familia Gutiérrez y Marín. Venían de noble cuna, pero lo más interesante era que, desde hacía varias generaciones, se habían dedicado a la medicina y, al parecer, competían por dominar la comarca donde el conde, que había sido dueño del convento, ejercía su influencia. El último conde había muerto hacía más de cuarenta años, y la familia se había hecho con el convento-palacio, convirtiéndolo primero en un psiquiátrico y, después, en un geriátrico, cuando cambiaron las leyes de internamiento para personas con trastornos mentales.

Me quedé dormida con el teléfono en la mano y, debía esta tan impresionada con lo que había leído que tuve sueños inquietos.

Primero, me veía en medio de un bosque mientras unos perros me perseguían. Me encerraba en una ermita abandonada y, justo entonces, llegaba Severiano para rescatarme. Aunque el peor fue

cuando me vi atrapada con los enfermos mentales, que me atacaban todos a la vez.

Me desperté sobresaltada y sudando. Tomé un poco de agua e intenté dormirme de nuevo, pero estaba completamente desvelada.

Pensé que sería buena idea acercarme hasta la parte de psiquiatría. Debía estar de guardia Artai. Podía inventarme una excusa y echar un vistazo sin que los jefazos se enterasen.

Me puse una bata, encendí la linterna del teléfono y me dirigí a la llamada sección 5. Tenía que pasar por recepción, me asomé por la cristallera de la puerta y cuando el celador comenzó a mirar la pantalla del ordenador, abrí con cuidado y entré en el pasillo prohibido.

Lo cierto era que, en esa zona, todo parecía estar más sucio y abandonado, pero no era la zona infernal que describían los periódicos. Imaginaba que el director la había arreglado para no recibir más quejas ni la visita de los periodistas.

Las primeras salas eran consultas, almacenes de medicinas y otras dependencias. Más adelante había una segunda puerta y más allá un mostrador que controlaba toda la sección 5.

Miré por la ventana y vi a Artai que parecía jugar con su teléfono. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Le hice una señal y me vio. Se acercó y abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—No puedo dormir —le contesté mientras ponía mis morritos de pena.

—Si te ven te expedientarán. Es una zona restringida.

—Pero si no hay nadie —le dije—, te he traído unas chocolatinas.

El chico miró a su espalda.

—Mauricio está echando una cabezadita, pero si se despierta se nos cae el pelo.

Me dejó pasar y nos sentamos en las sillas detrás del mostrador.

—¿Por qué has venido? —parecía intrigado y no se fiaba mucho de mí.

—Bueno, si te digo la verdad, me picaba la curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —bromeó y se rascó el pelo rojizo.

—La verdad es que tengo curiosidad por alguien que está por

aquí.

El chico frunció el ceño.

—No puedo perder este trabajo, mi madre está muy enferma, es viuda desde que tenía cuarenta años. Todos mis hermanos están fuera; uno en Brasil; dos en altamar y otra hermana en Canarias. Soy lo único que tiene —me comentó angustiado.

—No voy a meterte en un lío. Solo quería saber algo de un usuario, se llama Francisco Quiroga.

—¿El marqués? —me preguntó sorprendido.

—¿Cómo que el marqués?

—Lo llamamos así. Realmente no está mal de la cabeza, tiene párkinson en un estado poco avanzado, pero es muy amigo del director y tiene una habitación espectacular con vistas.

No podía creerme lo que contaba. Me imaginaba a un anciano decrepito y Quiroga seguía tan bien como siempre.

—¿Por qué le buscas?

—Era amigo de mis padres, mi madre es de aquí.

Los ojos del chico se abrieron como platos.

—¿Cómo te llamas de apellido? —me preguntó mientras devoraba el último pedazo de chocolate.

Escuchamos una puerta y Artai saltó como si tuviera un resorte.

—Métete en el cuarto —dijo mientras me empujaba a un pequeño cuarto, cerró la puerta y me quedé completamente a oscuras. Escuché que se cerraba la puerta.

—¿Qué haces, rapaz?

—Jugando, Mauricio, que la noche se hace muy larga.

—Vete a descansar un rato —dijo la voz del celador.

—No, yo aguanto todavía.

Comencé a temblar, en medio de la oscuridad me vino a la mente el incendio, la casa ardiendo de mis padres y yo salvándome de milagro.

—Vete te digo, rapaz.

Me habían encerrado. Tenía a unos metros a Mauricio, que por lo que decían era un hombre rudo y que no dudaría en denunciarme. ¿Qué podía hacer?

Me senté en el suelo y apoyé la cabeza en las rodillas. Estaba muy

cansada; llevaba demasiado tiempo huyendo. No quería recordar aquella noche, pero debía hacerlo. Si necesitaba buscar respuestas, la primera estaba en mi cabeza, pero casi la había borrado por completo.

Olor a humo. El calor abrasador. Mis dedos quemándose con el pomo de la puerta y, después, todo era negro, como el cuarto en el que estaba encerrada. Debía hacer que la luz resplandeciera para poder ser libre de nuevo.

9. Incendio

Era curioso que, al intentar recordar el incendio, fueran las sensaciones las que acudieran primero a mi mente, antes que las imágenes. Como si mi cabeza hubiera logrado borrar aquello que no podía soportar y, sin embargo, las percepciones sensoriales permanecieran intactas, imperturbables en mi memoria. El olor a humo me llenaba los pulmones hasta cortarme el aliento, mezclado con el hedor de la carne quemada y la madera consumiéndose. El crepitar del fuego, atrayente e hipnótico, resonaba en mis oídos como una melodía persistente. Las llamas, de un naranja intenso con destellos azulados, danzaban ante mis ojos, fascinantes y voraces. Y el ardor en mis dedos, al intentar escapar de la habitación, aún parecía latir en mi piel.

Había entrado mal en la preadolescencia. Siempre había sido una niña obediente, encantadora, de esas que los padres se sienten orgullosos y exhiben como si fuera un trofeo. Sabía tocar un instrumento, el violín; mis notas eran inmejorables y hacía equitación. Era la princesa de la casa, siempre sonriente y con el deseo de complacer a todo el mundo. A los doce años sentí que mi mundo se tambaleaba, me sentía insatisfecha, desganada y por primera vez sola. No sabía que crecer es morir en cierta manera, no solamente la niña que fui sino, sobre todo, a la relación de dependencia con mis padres que mantenía sin personalidad ni voluntad propia. Mis padres, a los que siempre había adorado, ahora

no los soportaba. El simple sonido de su voz me irritaba y solía reaccionar dando portazos, gritos o simplemente con indiferencia.

Siempre estuve muy unida a mi madre, pero ahora era la persona que más detestaba en el mundo. Odiaba su conformismo, su mediocridad y hasta su aspecto.

Comencé a hacer pellas, a contestar a los profesores, a insultar a las compañeras y a juntarme con lo peor de cada casa. Me pinté el pelo de rojo, las uñas de negro, empecé a vestir ropa rota y descolorida. Me gustaba todo lo que me alejaba de mi aspecto de princesita.

Mis padres tuvieron mucha paciencia, pero, al final, no les quedó más remedio que hablar con mi tutora y, también, con la psicóloga del centro. Lo mío era una rebeldía adolescente de manual, pero todo cambió tras un incidente con una compañera: una chica algo infantil, a la que acosé hasta que, finalmente, se suicidó. Entonces, el colegio informó a los servicios sociales y me internaron durante un mes en un centro de menores. Fue lo peor que podía haberme pasado. La furia se apoderó de mí.

En uno de los fines de semana que pasaba en casa, con el visto bueno de los educadores, ocurrió el incendio. Tras ese incidente, mi vida, al igual que la casa de mis padres, se convirtió en humo y ceniza para siempre.

Ahora me encontraba asfixiada, pero no por el humo. Mis manos ardían sin necesidad de que las llamas las abrasaran. Notaba que la angustia de los últimos meses me cerraba la garganta y sentía que me faltaba el aire, como si estuviera a punto de darme un ataque de pánico. Respiré hondo e intenté controlarme. Si me descubrían en el armario me echarían del trabajo, no encontraría a Quiroga, perdería la oportunidad de saber qué le había sucedido a mis padres y mi vida estaría de nuevo patas arriba.

—¡Dios mío, ayúdame! —exclamé en un susurro. No era muy creyente, Dios me había dado muy pocas razones para tener fe, más bien había hecho todo lo contrario, pero en medio de mi

desesperación no sabía a quién más acudir. Me sentía avergonzada, la fe me parecía cosa de débiles, pero en ese momento se abrió la puerta y vi el rostro serio de Artai.

—¡Rápido, sal de ahí!

Corrí hacia la luz. Con los ojos aún cegados me dirigí a la salida y Artai me dijo antes de cerrar la puerta.

—A veces es mejor no conseguir lo que deseamos, sea lo que sea lo que te sucedió, pasa página, todos lo hemos tenido que hacer alguna vez.

Escuché la puerta cerrándose a mi espalda, me abracé al sentir el frío del pasillo e intenté mantener la calma.

Al llegar a la puerta que daba a la recepción miré un instante, no sabía cuánto tiempo había pasado, pero la luz ya empezaba a asomarse por los ventanales.

El celador se levantó a ponerse un café y aproveché para correr hasta la zona de personal. No paré hasta encontrarme segura dentro de mi habitación.

10. Confesión

Aquella mañana me tocó hacer el trabajo sola, al parecer Lourdes no se encontraba bien. Pensé que era por la charla que habíamos tenido la noche anterior. Al no haber dormido nada me pesaban los ojos, como si llevara dos plumas colgadas de ellos. Tomé doble ración de café y, antes de ponerme a trabajar, la siempre desagradable Marisa se me acercó para darme unas últimas instrucciones.

—No la cagues, novata. Tengo ojos en todas partes —dijo mientras señalaba las cámaras. Me pregunté si estaría grabada mi excursión nocturna de la noche anterior.

—No se preocupe, lo haré lo mejor que sepa.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dijo mientras apretaba los labios. Me lanzó una mirada fulminadora y se marchó a toda prisa.

Comencé con las habitaciones de la Sección 1. Prácticamente todos los usuarios estaban desayunando o en la sala común. Estaba terminando uno de los últimos cuartos, el de Andrea, cuando la anciana vino a por una cosa.

—Hola, ¿cómo va tu mañana?

Di un largo bostezo antes de contestar.

—No me digas más. Has pasado mala noche. Ya te he comentado que las noches en este centro se hacen muy largas. —Sacó una rebeca del armario y se la puso sobre los hombros.

—Ya me acostumbraré —le contesté mientras seguía con lo mío.

—¿De dónde eres?

—De aquí y de allá.

La mujer me sonrió, después se paró enfrente y me dijo.

—No tienes pinta de auxiliar de geriatría. Esa mirada vivaz, esa inteligencia contenida. La he visto en muchas ocasiones, he dedicado mi vida a la docencia y me percaté enseguida del talento. ¿Estás aquí por algo más que por el dinero?

No supe cómo reaccionar, por lo que le dejé seguir hablando.

—Este pueblo es peligroso, se mete en los huesos como la

humedad y te roba el alma. De niña, fui testigo de cosas horribles, pero todavía hoy sigo viendo cosas terribles, y me siento tan paralizada como cuando era niña. ¡Vete ahora que estás a tiempo! Yo no tengo a dónde ir. La muerte lleva más de una década reclamándome; estoy preparada para cruzar la laguna con el barquero, pero, por alguna extraña razón, sigo aquí. Seguramente mi vida tenga un propósito, una última misión que cumplir, e intuyo que será contigo —dijo con tal certeza que me dejó petrificada.

Después, volvió a sonreírme como una dulce ancianita, pero en sus ojos seguía habiendo fuego.

—¿Quiere que le cuente lo que hago realmente aquí?

La mujer se sentó en una silla y yo me puse al lado, como si le estuviera confesando todos mis pecados. Descargué mi alma, ella me escuchaba atentamente, sin hablar, pero su rostro no mostró en ningún momento un atisbo de condena. Cuando concluí me tocó el pelo y me dijo:

—Solo Dios sabe por lo que has pasado. Conozco a la familia de tu madre, de hecho, la tuve de alumna durante un par de años. Era muy bella y lista, ahora le veo el parecido contigo. Sus padres jamás le perdonaron que se fuera con tu padre. Tenían otros planes para ella, planes ambiciosos de esos que las familias a veces imponen a sus vástagos.

—¿Qué planes? —le pregunté intrigada, no sabía si eso tenía que ver con su muerte.

—Quería que se casara en segundas nupcias con Ángel Gutiérrez. Él le sacaba casi diez años de edad y su esposa aún vivía. Tu madre no quería, como era normal. Tuvo que huir de Galicia, cambiar de nombre y vivir su vida, pero la encontraron. Al menos eso me dijo una tía tuya, que no conocerás. Francisco Quiroga fue el que informó a tu familia. ¿Por eso has venido hasta aquí? Por lo del incendio.

—¿Lo sabe?

—Sí, de algo me enteré y de que habían acusado a la hija, a Luisa. Al escuchar mi nombre por primera vez sentí un escalofríos.

—Ya no tienes que ocultar quién eres. Te prometo que te ayudaré, aunque no sé si eso es mucho viniendo de una anciana a punto

de morir.

Sus palabras resonaron en mi mente unos instantes, por primera vez en mucho tiempo alguien sabía quién era y no ser invisible fue una de las cosas más sanadoras que he experimentado jamás.

11. Cadáver

Al terminar la ronda y tras tomar algo ligero fue al cuarto de Lourdes para ver cómo se encontraba. Llamé varias veces a la puerta pero no recibí respuesta. Comencé a preocuparme, fui hasta recepción y hablé con la celadora que estaba en ese momento, una tal Rebeca.

—Hola. ¿Sabes si Lourdes ha salido?

—No, está mala, creo que se encuentra en su habitación.

—¿Seguro? —le pregunté algo confusa.

Rebeca era una mujer atractiva de unos treinta años, colombiana y muy graciosa, pero su rostro cambió de repente, parecía preocupada.

Salió con la llave maestra y las dos nos apresuramos hasta el cuarto, abrió la puerta. Sentí que el corazón me iba a mil por hora. Al abrir no vimos nada, Lourdes tenía la persiana bajada y el cuarto estaba en completa oscuridad.

Rebeca encendió la luz y vimos un cuerpo tapado con el edredón en la cama. El cuarto olía raro, como a algún producto químico. La celadora levantó el edredón y allí estaba Lourdes, tumbada boca abajo. Tenía los ojos abiertos, pero su mirada se perdía en el infinito. Me recordó a la de los peces en las pescaderías: aún brillante, pero carente de vida.

—¡Lourdes! —gritó Rebeca, yo me quedé en el umbral sin saber qué hacer.

—¡Llama a los médicos! —exclamó la celadora y corrí hasta recepción gritando, fuera de sí, mientras todo el mundo comenzaba a rodearme.

Llegó Severiano y me agarró por los brazos para tranquilizarme.

—¿Qué pasa Lucía?

—Lourdes está en su cuarto, muerta...

El hombre abrió mucho los ojos y corrió hasta la habitación. La media docena de personas que se había reunido con mis gritos también fue hacia el cuarto.

—¡Fuera! —les gritó el doctor para que le dejaran trabajar. Rebeca se puso en el umbral, se abrazó a mí y las dos observamos cómo el

médico intentaba reanimarla, pero estaba muerta.

Severiano se giró y nos hizo un gesto con la cabeza, Lourdes estaba muerta.

Un hombre se abrió paso entre la gente que se agolpaba en la puerta, se inclinó y examinó el cadáver. No le vi la cara hasta que se dio la vuelta para hablar con Severiano.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos —dijo mientras nos miraba a nosotras dos.

—La hemos encontrado muerta —dijo Rebeca entre lágrimas. Sus ojos estaban tan rojos como teas.

Yo no logré articular palabra.

—Tendremos que hacerle la autopsia. Ustedes dos vengan a mi despacho. —El hombre tenía la cara redonda, la barba cana, el pelo un poco largo y llevaba corbata y camisa de rayas debajo de la bata. No había perdido su atractivo, pero parecía un actor de cine de otra época, cuando los galanes aún estaban de moda.

—Eso lo tendrá que decidir un forense —dijo Severiano, pero ante la mirada fulminadora de su jefe, bajó la cabeza.

—¡A mi despacho, ahora! Cierren la puerta y que nadie toque nada.

Fuera estaba comenzando una fuerte tormenta que traía peligrosas rachas de vientos. Sus silbidos podían escucharse como olas golpeando las rocas de un acantilado.

Las dos le seguimos con el rostro bajo, las manos frías y el alma en vilo. Aquella era la primera vez que iba a encontrarme con Ángel Gutiérrez, el hombre que manejaba los hilos del centro geriátrico de Santa Clara y dominaba toda la comarca.

Respiré hondo e intenté calmarme. Ahora debía poner todos mis sentidos a trabajar y asegurarme de que no sospechara nada, o todo mi plan se iría al traste.

12. Temor

No me lo había imaginado así. Le había visto en algunas fotos en internet, pero en persona era mucho más imponente. Sin duda su voz arrogante, el gesto altivo, la barbilla alzada, siempre desafiante. Sus palabras sonaban amables, pero eran siempre altivas.

—¿Me pueden explicar qué ha sucedido?

Rebeca comenzó a relatarle lo que había pasado, mientras yo intentaba calmarme y observar su comportamiento. Había visto una serie de tutoriales para aprender a actuar ante un narcisista como aquel hombre, si es que no era directamente un psicópata

—¿Por qué fueron al cuarto?

Rebeca me miró a mí.

—Me lo pidió la nueva...

—Lucía —le corregí.

—Lucía Paz, la he estado observando. Lamento mucho conocerla en estas circunstancias. No piense que algo así sucede todos los días —dijo mientras intentaba esbozar una sonrisa forzada, hasta que comenzó a salirle natural. Bajó el tono impositivo. Despidió a Rebeca y me dijo que me sentase en la silla frente a su escritorio.

Aquella era una de las salas más nobles del viejo convento. Las paredes estaban llenas de estanterías de caoba, la mesa era de una sola pieza de madera pulida del mismo tono que las librerías. El sillón de cuero negro le hacía parecer un rey sentado en su trono.

—Espero que haya podido adaptarse bien al trabajo —dijo mientras jugueteaba con una estilográfica y me miraba a los ojos. Me sentí desnudada por aquellos ojos claros, casi transparentes.

—Lourdes llevaba muchos años con nosotros, será una triste pérdida. La Guardia Civil no tardará en aparecer y quiero asegurarme de que sabe lo que va a declarar.

—¡La verdad! ¿No? —le contesté con cierta arrogancia, como si estuviera intentado infundirme ánimos a mí misma.

—¡Claro, la verdad! ¿A usted le gusta la verdad?

Aquella pregunta me resultó extraña, pero sobre todo me inquietó. Tenía la sensación de que sabía más de mí de lo que

imaginaba.

—La verdad siempre tiene dos caras —le dije mientras apoyaba la espalda en el respaldo para relajarme un poco.

—Eso dicen, como psiquiatra creo que la verdad es un constructo social, quién puede decir que posee la verdad. ¿Quién es usted? ¿Una joven desconocida que pide un trabajo en una zona alejada de la civilización? Justo cuando llega muere su compañera más directa. ¿No le parece mucha casualidad?

—No existen las casualidades —le contesté, intentando disimular mi ansiedad, aunque notaba cómo comenzaba a dolerme la cabeza. La imagen del cuerpo sin vida de Lourdes me martilleaba la mente. ¿Cómo había muerto? ¿Tenía algo que ver conmigo? ¿Podía Severiano estar detrás?

Ella me había contado que el doctor la había regañado por hablarme del tal Quiroga. ¿Qué relación tenían Gutiérrez y Quiroga?"

—Entonces, sí tiene que ver con su llegada. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No, no quiero decir eso, simplemente no creo en las casualidades.

El hombre me escrutó por unos instantes.

—Su cara no me es del todo desconocida, aunque es la primera vez que la veo. ¿No?

Me encogí de hombros, no me gustaba jugar a ese juego.

—Mi cara es muy vulgar, por eso le sonará de algo.

El hombre se inclinó hacia delante y me dijo en un susurro.

—Su cara no es vulgar, Lucía, se lo aseguro. Estamos contentos de que esté con nosotros, pero si quiere conservar su puesto, límitese a decir a la Guardia Civil que no ha visto ni oído nada. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza. Tampoco me convenía que supieran quién era: una asesina que había pasado la mayor parte de su vida en la cárcel y en correccionales. Siempre era la principal sospechosa de un crimen.

Miré al hombre y después me puse en pie.

—¿Algo más, señor director?

—Por ahora no, Lucía, puede retirarse.

En cuanto salí y cerré la puerta a mis espaldas, noté cómo me

temblaban las piernas. Comencé a llorar por la pobre Lourdes. No la había asesinado, pero me sentía tan culpable como si lo hubiera hecho.

Aquel era el mejor momento para largarme de allí, pero, una vez más, no hice caso a mi instinto y esperé que, realmente, algo o alguien allá arriba velara por mí. Me iba a hacer falta.

2º PARTE: ANDREA

13. Pasado

Fonsagrada, Lugo, 17 de julio de 1936

Aquel caluroso día de verano había amanecido con el cielo algo encapotado, como si ya presagiara algo malo.

Yo era demasiado pequeña para entender lo que había ocurrido en los últimos años. Mi mundo se había destrozado con la muerte de mis padres, y lo único que me quedaba era mi hermano mayor, Jaime. No nos llevábamos mucho, apenas un par de años, pero lo suficiente para que me sintiera segura a su lado."

Las monjas me daban miedo; siempre parecían frías y distantes. Nos hablaban del purgatorio y del infierno. A las enfermas les decían que iban a irse con el demonio por todos sus pecados y por ser hijas de rojos. La mayor parte de los niños que estábamos en el convento habíamos perdido a nuestros padres por tuberculosis, accidentes laborales o los fusilamientos de las revoluciones de 1934. Por eso, las monjas nos tenían un odio mortal. Desde la llegada de la II República, la quema de conventos y la persecución religiosa habían sido constantes y, para ellas, nosotros éramos la semilla diabólica de sus verdugos.

A pesar de todos nuestros sufrimientos, el hambre, los piojos, las noches en vela y el frío en invierno, Santa Clara era el único lugar al que podíamos llamar hogar.

Aquella mañana se escucharon tiros en el monte, todos creíamos que eran los cazadores furtivos que al amparo de la noche intentaban mitigar su hambre matando animales del campo, pero cuando los disparos continuaron por la mañana, las monjas se comenzaron a preocupar. Mandaron a una hermana mayor para que se fuera a enterar de lo que sucedía, pero no regresó. Luego enviaron a una de las chicas, que al llegar a la pubertad se quedaban en el convento como criadas. De esta tampoco se supo nada más.

El terror comenzó a apoderarse de las monjas. Aquel orfanato estaba lo suficientemente lejos del pueblo para que nadie se

enterase de lo que sucedía, pero a menos de una hora de camino para que las locuras de la “civilización”, como decían las monjas, llegase a sacudirnos a todos.

La hermana Lucía, la única que mostraba algo de cariño a los niños, se acercó a mí aquella mañana y acariciándome la cara me dijo:

—No tengas miedo, Dios nos protege, los hombres solo pueden dañarnos el cuerpo, pero el alma le pertenece a Él. Aquello no me tranquilizó demasiado, al alma nunca la había visto, pero una simple herida en el cuerpo me causaba un dolor terrible.

Mi hermano, que tenía casi nueve años, siempre había sido curioso, por lo que le comentó a la hermana que él podía acercarse al pueblo para ver lo que sucedía.

—Es muy peligroso, no te alejes del convento —le ordenó la monja.

Mi hermano no era un niño al que se le pudiera quitar una idea de la cabeza así como así, por lo que sin mediar palabra bajó al pueblo campo a través.

Una hora más tarde regresó corriendo. Tenía hollín en la cara, algunas gotas de sangre repartidas por la camisa blanca, olía a algo que no supe identificar y los ojos asustados.

La hermana Lucía le preguntó qué le sucedía y él, como si se le hubiera comido la lengua el gato, solo pudo decir:

—Los hombres malos vienen hacia aquí.

La verdad es que hasta una niña pequeña como yo pudo entenderlo perfectamente. La monja habló con su superiora, yo escuché lo que decían, porque no me despegaba de ella en ningún momento.

—¿Qué vamos a hacer, madre? —le preguntó con la voz temblorosa.

La madre superiora le contestó de forma brusca:

—¡Rezar, hermana Lucía! ¿Qué otra cosa se espera de nosotras?

—Pero ¿no deberíamos poner a salvo a los niños? No sabemos qué intenciones pueden tener esos hombres.

—Ese niño no es de fiar, es un “rojo” más, uno de ellos. Estoy convencida de que si ha habido un golpe, los militares muy pronto

se harán con el control. No lo dude.

Lucía se dio la vuelta y al ver que lloraba me tomó de la mano.

—Vamos a rezar, Andrea. Dios nos protegerá.

Todos los niños y las hermanas nos encerramos en la capilla, el olor de las velas y del sudor comenzó a asfixiarme. A la media hora escuchamos los motores de las furgonetas que venían del pueblo. También se oían los cánticos de los milicianos, que cuando los motores se pararon, parecían lobos aullando o perros rabiosos a punto de devorar a sus presas.

Los milicianos golpearon las puertas mientras gritaban todo tipo de palabras feas. Echaron la puerta abajo y entraron en tropel, empujando los bancos y gritando, mientras las hermanas y los niños nos refugiábamos en el altar.

Nunca podré olvidar aquellos ojos, las bocas lanzando esputos e improperios, los lloros de los niños, que se orinaban de miedo. Los rezos con voz medio quebrada de las monjas, que ya no tenían demasiada confianza en que Dios las liberaría de aquellas hordas comunistas. Todo se volvió negro, como una película que se ha quemado en el proyector y desaparece para siempre. Lo único que me quedó grabado fue el olor a carne quemada, sudor y sexo, aunque en aquel momento no sabía lo que era eso.

14. Infierno

La nueva me da pena, la he visto con Lourdes haciendo la cama y he pensado que no sabe dónde se ha metido. El viejo convento de Santa Clara está maldito, las almas de los difuntos vagan por todas las estancias y puedo verlas, descarnadas y buscando venganza.

La chica nueva me ha caído simpática, parece lista y además esconde algo. He sido la maestra del pueblo durante más años de los que logro recordar y he aprendido a reconocer a la gente, la buena y la mala. Muchos piensan que todos somos buenos, que únicamente las circunstancias nos hacen malvados, pero he visto a niños desde la cuna con una maldad que no podía explicarse.

Esa es mi condena, ver las cosas demasiado pronto. Ángel Gutiérrez, el director, tiene el demonio dentro. Su ambición es tan grande como su maldad. Su mujer quedó desquiciada por todo lo que le tocó vivir, ahora manipula a su hijo Severino, quiere que sea como él.

Lucía me ha dicho que se llama, pero no la he creído. Su rostro me es familiar, aunque sé que no la he visto antes. Esos ojos, la mirada entre picarona e inocente, la forma de la nariz...

No he pegado ojo escuchando los gritos. Cada vez son más seguidos e intensos, no sé cómo el resto de los residentes no los oye. Tal vez son demasiado viejos y están tan asustados de la muerte que les lanza su aliento pestilente a la cara que prefieren cerrar los ojos y soñar con la juventud perdida.

Me he despertado sobresaltada. He escuchado un ruido y, al levantarme, he visto a Lucía dirigirse hacia el área de psiquiatría. Iba agachada para que no la viera el celador. Me ha dado un vuelco el corazón. Esa chica no sabe dónde se está metiendo. Si Mauricio la descubre y se lo cuenta al director, pueden encerrarla con los locos. Esa es la amenaza que pende sobre mí. Por eso aguanto, aunque le pido a Dios que me lleve de aquí y me permita escapar de este infierno.

Yo sé lo que hacen con los viejos, lo he visto con mis propios ojos. Se lo he contado a mi hermano, pero ¿qué podemos hacer? Nadie nos creería. El director conoce a la Guardia Civil y tiene amigos en la diputación y en la Xunta. Ojalá algún día se destape todo, esa periodista regrese, si es que no está muerta también.

Ahora solo me queda rezar y esperar que alguien me salve, pero en 1936 no sirvió de nada, aún tengo grabada en los oídos las súplicas de aquellas monjas, pero no les sirvió de nada. Nunca sirve de nada.

15. Niños muertos

Fonsagrada, 18 de julio de 1936.

Al final me quedé dormida, hasta del horror más infinito llega una a acostumbrarse. Noté una mano que me agarraba el brazo y me sacudía.

—¿Qué? —le pregunté asustada. Al ver los ojos de mi hermano me tranquilicé un poco. Estaba chorreando de sudor y me había orinado encima, pero estaba viva.

Me levantó y sentí que me temblaban las piernas. Llevaba más de veinticuatro horas sin comer y mi cuerpo parecía un guiñapo. Alrededor todo era desorden y destrucción: los bancos tumbados y cruzados en el pasillo y las imágenes de yeso decapitadas. En la cruz del altar mayor, que tanto temor me producía, los milicianos habían crucificado a la madre superiora. Aquella mujer cruel, fría y despiadada, parecía ahora una santa con aquellos brazos extendidos y su rostro desfigurado por los golpes.

El resto de los cuerpos yacía desparramado por la capilla. La mayoría de las mujeres estaban desnudas o con los hábitos recogidos hasta el cuello. Sus medias blancas, rasgadas, dejaban entrever la piel herida, mientras la sangre manaba de múltiples heridas, causadas por las balas.

—No mires —dijo mi hermano mientras tapaba mis ojos con sus manos sucias y frías. Pero entre los dedos la realidad se filtraba en mi mirada, como la arena que araña los ojos, que escuece y duele a pesar de ser invisible.

Cuando salimos al campo pude respirar a fondo. Los milicianos habían intentado quemar el convento para ocultar sus fechorías, pero apenas se habían quemado un par de aulas y el dispensario.

Los niños habían huido o se los habían llevado, a mí me habían dado por muerta.

—¿Dónde está la hermana Lucía? —pregunté a mi hermano, mientras miraba a todos lados.

—No lo sé —dijo con los ojos caídos y el labio inferior saliente,

como si fuera a llorar.

Caminamos por el campo, no sabíamos si intentar llegar al pueblo o ir a otro lado, pero teníamos hambre y pensamos que un par de niños no les harían daño.

—Lo hemos visto todo, esa gente...

—No debemos tener miedo, la hermana siempre decía que nuestras vidas están en manos de Dios —le dije muy segura, como si ahora fuera yo la mayor.

—Pues Dios está muy ocupado últimamente —me dijo mientras dos lagrimones se emborronaban con la suciedad de su cara.

Le besé, porque sabía que los besos son curativos y capaces de sanar el alma más enferma.

Llegamos de la mano al pueblo y al entrar por las calles comprobamos que el horror se había extendido como una nube negra sobre todo el pueblo. En el barrio de los aparceros había un cadáver en cada puerta. Vestido de calle, alguno en pijama, pero todos con el pecho manchado de sangre, como si llevaran una medalla colgada.

Asustados llegamos hasta la casa del boticario, era un hombre amable y cariñoso con los huérfanos. Abrió la mujer con desconfianza y el ceño fruncido.

—¿Qué queréis? ¿No sabéis la que han liado los vuestros?

No la entendí. ¿Quién eran los nuestros? Nosotros solo éramos dos niños asustados.

—¿Puede ayudarnos? —preguntó mi hermano, intentado parecer valiente.

—¡Iros con el diablo, hijos de Satanás!

En ese momento asomó su marido, sus ojos parecían hundidos en un charco negro, como si hubiera envejecido en unos pocos días. Su barba gris era ahora más blanca que la leche que nos daban las monjas los sábados y domingos.

—Son niños, Carmiña, no los asustes. Ya hemos sufrido todos suficiente.

Nos dejó pasar, nos limpió con sus propias manos, nos cambió la ropa y preparó un caldo gallego y después nos dejó dormir. Mientras las sábanas limpias y frías nos envolvían, recordé a la hermana Lucía

y mis ojos comenzaron a llorar de nuevo.

16. Peligro de muerte

Tuve que salir de la cama. Por las tardes, el centro está muy frío y la humedad acentúa aún más la sensación. Una de las cosas que no te cuentan sobre la vejez es que, en los últimos años, cargas con el cuerpo como si fuera un fardo; el alma parece encerrada y ya ni siquiera eres capaz de reconocerte frente al espejo.

Al asomarme por la ventana de la puerta de mi sección, vi a varios sanitarios corriendo hacia el pasillo de personal. Antiguamente, en aquel lugar se encontraban las habitaciones de las monjas, que ellas llamaban celdas, y con razón: eran tan austeras como una cárcel, con un único adorno, un sencillo crucifijo de madera.

Me puse la bata y salí hasta la entrada. A través de las inmensas vidrieras, se veía cómo la tormenta golpeaba la fachada del edificio, que durante siglos había sido testigo del ir y venir de tantas personas.

Uno de los enfermeros entró en la zona de personal y, por unos instantes, la puerta quedó entreabierta. Todos se apiñaban en la entrada de la habitación de Lourdes.

Lourdes también había sido alumna mía. No podía borrar de mi memoria su cabello corto, teñido de azul, el collar de cuero con tachuelas y el maquillaje excesivo, que la hacía parecer un payaso de feria. Era una mala estudiante, rebelde y contestataria. Conmigo no se comportaba mal, aunque siempre mantenía una actitud arrogante. Creo que vivió en Lugo un tiempo, luego regresó y, cuando yo ingresé aquí, ella ya trabajaba en la residencia.

"La han matado", me dije mientras observaba a los compañeros de Lourdes. Parecían abatidos y asustados, pero no sorprendidos.

Desde hacía mucho tiempo, incluso antes de mi llegada, existía un pacto de silencio en este lugar. Primero, cuando las monjas fueron violadas y asesinadas; después, durante su época como psiquiátrico, y ahora, como residencia. Nadie quiere hablar de lo que sucede aquí. El pacto sigue vigente.

El director llegó el último y ordenó a la gente que regresara al trabajo. Luego llevó a su despacho a la nueva y a la otra, Rebeca, la

latina. Esperé cerca; quería hablar con Lucía. Por eso, cuando salió, me acerqué y le susurré:

—La espero en la capilla.

La joven me miró con sorpresa y se marchó en dirección contraria, pero, unos minutos después, estábamos las dos en la capilla.

Todo había cambiado allí. No parecía el mismo lugar que recordaba de mi infancia. Apenas resistía el viejo crucifijo, aún manchado con la sangre de la madre superiora; lo demás era nuevo, funcional y carente de calidez.

—¿Qué le sucede, Andrea? Espero que no se haya asustado.

Miré a la joven con cierta pena. Ella era la que debía tener miedo.

—Tengo muchas cosas que contarte.

La miré fijamente y ellas siguió sin comprender nada.

—Al principio no caí en la cuenta, pero después... Eres el vivo retrato de tu madre y tu abuela. Durante casi diez años fui su maestra. La muerte de tus padres fue una desgracia, aunque aquí, en el pueblo, nadie los quería. Fonsagrada está maldita, podrida hasta sus cimientos, y el convento de Santa Clara es el núcleo mismo del mal, como si el infierno vomitara su esencia sobre esta comarca y la arrojara al mundo.

La chica me observaba con una inquietud tan intensa que las sombras de la capilla parecían alargarse a su alrededor. Afuera, el viento sacudía los árboles centenarios, testigos mudos de incontables horrores y sufrimientos.

—La tormenta está sobre nosotras. Dime qué te ha traído aquí y escapa cuando puedas de Fonsagrada.

17. La boca del infierno

Después de aquellas palabras Lucía me confirmó que ella era Luisa y que era la hija de mi alumna. Había venido a buscar respuestas sobre la muerte de sus padres. Todos nos habíamos enterado unos años antes y también de que ella había sido encerrada en un correccional y más tarde en una prisión para mujeres. No quería pensar cómo había sido la vida de aquella pobre niña.

—¿Por qué no sigues con tu vida? Es lo mejor que puedes hacer. Este pueblo está maldito. Aún viven aquí tus tíos y tu abuela materna. De hecho está en esta residencia, en la parte psiquiátrica, tiene un alzhéimer muy avanzado, era muy agresiva y sus hijos la ingresaron hace un par de años. Ahora ya no se mueve mucho. Aunque a veces se escapa.

La joven pareció quedarse paralizada al escuchar mis palabras.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos fuera de las órbitas.

—Sí, en ocasiones se escapa —le insistí.

—La primera noche que estuve aquí se escapó una anciana y la encontré en el baño. Comenzó a gritarme.

Su mirada cambió, de repente, como si al recordar estuviera atando cabos.

—Me dijo...

—¿Qué le dijo? —le pregunté inquieta. Nunca había sido muy supersticiosa, pero la vida me había obligado a cambiar de opinión.

—Me pidió que no llamase a los celadores, que querían matarla y que la estaban torturando. Imagino que eran delirios, su enfermedad... —comentó la joven sin poder terminar la frase, como si aquella abuela desconocida, que tan mal había tratado a su madre mereciera su compasión.

La capilla seguía solitaria, pero no sabía cuánto tiempo podríamos hablar sin problemas.

—Será mejor que vengas a mi cuarto esta noche. No quiero que nos pillen hablando, ya sabes lo que le ha sucedido a Lourdes —le comenté mientras miraba a la puerta, temiendo que en cualquier momento se abriera.

—¿Qué sucede aquí? No puede dejarme con esta incertidumbre.

—Mejor más tarde, lo digo por tu seguridad. Yo ya he vivido suficiente, la muerte a veces puede ser una liberación.

La dejé con la palabra en la boca y me encaminé a mi habitación. En cuanto estuve dentro, me encerré con llave. Sabía que ellos tenían llaves maestras, pero al menos eso me aseguraba unos segundos de ventaja. Después tomé el teléfono y llamé a mi hermano. Tardó en contestar, y me asusté.

—¿Por qué no contestabas el teléfono? —le regañé, pero a continuación cambié el tono. No nos quedaba mucho tiempo—. Ven a recogerme.

—Hace una noche de mil diablos —rezongó. Pensé que estaría viendo la televisión en aquel momento y no comprendía la gravedad de lo que le pedía.

—Han asesinado a Lourdes.

Se hizo un silencio. La voz de mi hermano sonó muy ronca, parecía como si estuviera tragando saliva.

—¿Cómo te voy a sacar de allí por la noche? No van a querer— dijo titubeante. Les tenía casi más miedo que yo.

—Deja el coche al principio del camino, nosotras iremos hasta él.

—¿Nosotras?

—La nueva, la chica que trajiste, es la nieta de Rosalía. Está aquí para averiguar qué les pasó a sus padres.

El tiempo pareció detenerse y solo una respuesta salida de tono, como era habitual en él, rompió el silencio.

—*¿Qué carallo nos importa o qué pasou con esa xente?*

18. Injusticia

Fonsagrada, 15 de septiembre de 1966

La noche del alma es siempre la más oscura. Perdí a mi único amor demasiado pronto. Lo había conocido en Santiago de Compostela, mientras estudiaba para ser profesora. Llevaba toda mi vida emulando a mi querida monja Lucía. Después de aquella noche terrible, no volví a verla, aunque su cuerpo nunca apareció. Las monjas fueron enterradas sin mucha ceremonia; la gente solo quería pasar página. La culpa recayó sobre los "rojos" y, según los "nacionales", se había hecho justicia.

Tras pasar la guerra en casa del boticario, una familia de campesinos, que no había tenido hijos, nos adoptó a los dos. Nos permitieron estudiar, pero a mi hermano le gustaba el campo y se quedó en el pueblo.

Yo regresaba cada mes al pueblo para ver a mi hermano y a mis padrastros, pero cuando conocí a Michel, empecé a ir con menos frecuencia. Era un estudiante norteamericano enamorado de la literatura española... y de una servidora. Soñábamos con viajar por el mundo, casarnos y vivir en su estado natal, Nevada.

Cuando nos veían pasear de la mano, la gente se volvía para mirarnos. Aquel hombretón alto y rubio, con el rostro salpicado de pecas, no pasaba desapercibido.

Llevábamos casi un año saliendo cuando tuvo que regresar a casa. Un día, cuando ayudaba a su tío en la granja, intentó cambiar unas bombillas y se subió a una escalera alta. Las patas se movieron y él cayó desde lo alto. Murió en el acto. Saber que no iba a volver a verlo se me hizo insoportable. Para mí siempre fue como si se hubiera ido a un largo viaje y no hubiera regresado jamás.

Volví a Fonsagrada y me convertí en profesora. Pero, la noche antes de llevarme mis últimas cosas de la residencia de estudiantes, me crucé con una mujer en la Plaza del Obradoiro. Llevaba un pañuelo en la cabeza y unas gafas de sol, a pesar de que ya era casi de noche. Apenas la vi, pero algo en ella me recordó a mi querida

monja.

La seguí hasta una casa cerca del parque de la Alameda. Entró con su propia llave. Miré los nombres de los pisos en el portero automático y ninguno coincidía con el de Lucía.

Al final me decidí y llamé al que parecía que se había encendido la luz. Tardaron en contestar, pero al final se escuchó una voz de mujer.

—Diga. ¿Quién es?

—¿Lucía?

La voz quedó en silencio, unos segundos más tarde preguntó tímidamente.

—¿Quién es?

—Soy Andrea —dije sin poder aguantarme la emoción, aunque sabía que perseguía a un fantasma.

Pasó un rato y al final me abrieron.

—Sube —escuché fugazmente.

Entré en el amplio portal, decorado con frescos de personajes históricos, y subí por una imponente escalera de mármol blanco. Al llegar al primer piso, vi una puerta abierta. No supe qué hacer. Un escalofrío me recorrió la espalda, pero, aun así, entré... y me la encontré de frente.

—¡Lucía! —grité antes de lanzarme a sus brazos.

Estuvimos un rato así. Ahora yo era tan alta como ella. Sentí su cuerpo delgado, la ropa húmeda por la lluvia y aquellos ojos bondadosos.

—Dios te ha guardado, ¡cuánto he rezado por ti! —me dijo mientras me tocaba las mejillas con sus manos frías y huesudas.

—Pensé que habías muerto durante la guerra.

—Las cosas a veces no son lo que parecen —contestó enigmática. Cerró la puerta y entramos en su casa.

19. Revelaciones

La primera vez que leí el Libro de las Revelaciones, apenas entendí nada, pero sí supe lo que era el miedo. El apóstol Juan ofrecía una visión escalofriante del fin de los tiempos: las copas de la ira, los caballos del juicio de Dios, el Anticristo, la Bestia, el Falso Profeta, las batallas finales y el regreso de Nuestro Señor Jesucristo. Lo que nunca habría imaginado era que, en mi propio pueblo —al que muchos consideraban la puerta del infierno—, llegaría a experimentar visiones y a presenciar atrocidades aún más terribles que las que vio el apóstol en la isla de Patmos.

Tras mi encuentro con la hermana Lucía regresé a Fonsagrada para vengarme, nadie lo sabía, ni siquiera mi hermano.

Cuando Lucía llamó a la puerta la abrí lo más rápido que dieron mis pies desgastados por los años. Cerré en cuento cruzó el umbral.

—¿Qué tiene que decirme? Tengo el corazón a mil.

—Tranquila, pronto estaremos a salvo. Mi hermano va a venir a recogernos.

—Necesito respuestas, llevo demasiado tiempo... —la joven no encontró las palabras para terminar la frase.

—Perdida —le dije mientras le tomaba de la mano.

—Perdida —respondió.

—Pues ahora ya puedes estar tranquila, lo sabrás todo a su debido tiempo.

Aquellas palabras no la tranquilizaron ni la convencieron, pero estaba demasiado asustada como para pensar con claridad.

—Tu madre se fue de este lugar asfixiante, he hizo muy bien.

Mis manos seguían aferradas a las suyas, como si le pusiera unas cadenas invisibles.

—¿Por qué se fue? ¿Qué pasó? ¿Qué es este sitio?

Me senté en mi silla y ella al borde de la cama, pero mantuvimos las manos unidas.

—Son viejas historias. Sería mejor que te marcharas y te olvidaras de Fonsagrada y de todo esto. El pasado es doloroso para todos.

—¿Qué era esto antes? —preguntó mientras se tocaba la cara y el

cuello, tras soltar mis manos.

—Un psiquiátrico... En esta región ha habido siempre mucha gente loca, aunque siempre hay personas que piensan, más bien, que estaban poseídos por el diablo. Ya sabes la superstición que hay en esta tierra.

Lucía miró el cuarto con detenimiento y eso comenzó a preocuparme, no quería que lo supiera, todavía no.

—¿Por qué regresó a Fonsagrada si piensa eso del pueblo?

La pregunta era demasiado directa, tenía que responderla.

—Quería cambiar las cosas y la educación era la única manera. ¿No crees?

La chica se echó para atrás y apoyó la espalda en la pared, como si necesitara guardar una distancia y ver las cosas con más perspectiva.

—¿Qué tiene que ver con todo esto Francisco Quiroga? Él nos visitaba de vez en cuando y fue el último que vio con vida a mis padres. Necesito hablar con Quiroga.

—Yo he tenido mucha paciencia, tardé años en conseguir lo que me proponía. Tú tendrás que esperar solo un poco.

—Quiroga está en la zona psiquiátrica a cuerpo de rey. Esta noche le voy a visitar, él me dará todas las respuestas que necesito —dijo la chica poniéndose en pie.

—No puedes marcharte, lo hago por tu seguridad.

La joven era más fuerte que yo, apartó la mano y se dirigió a la puerta, estaba cerrada con llave.

—¡Abra, por favor! No he venido hasta aquí para irme como vine. ¡Necesito respuestas!

20. Alumnos

Fonsagrada, 15 septiembre de 1966

Dicen que la mayor fuerza del mundo es el amor, pero no es cierto. Desde casi el principio de los tiempos, ha sido el odio lo que realmente ha movido al hombre. No hay nada más insoportable que vivir una mentira, que descubrir, después de tanto tiempo, que has sido engañada. Aquel encuentro con la hermana Lucía fue revelador, como si hubiera sufrido una epifanía.

Creí muerta a la mujer que, en muchos sentidos, me había ofrecido algo de amor. Ahora que me contaba cómo habían sucedido las cosas, no podía creer lo que escuchaban mis atentos oídos.

—Aquella fue la peor noche de mi vida —dijo la monja, inclinándose hacia adelante, como si sus propias palabras le golpearan el estómago—. Los milicianos llegaron como demonios y nos atacaron sin piedad. No les importó que hubiera niños presentes; parecían bestias irracionales.

—Sí... No lo recuerdo bien, pero ese momento se me ha quedado grabado.

—Hicieron todo tipo de tropelías. Dios sabe que he intentado perdonarles —dijo la monja tras persignarse.

—Bueno, al menos pagaron por sus pecados —le dije para calmarla un poco.

La mujer torció el gesto, como si le hubiera dado un puñetazo en la cara.

—¿Por qué dices eso, Andrea? —me preguntó con el rostro descompuesto.

—Vi los cadáveres de todos ellos en las puertas de las casas.

—¿Qué cadáveres? —me preguntó mientras se ponía en pie y comenzaba a andar por su salón.

—¡Los milicianos! —exclamé. Creía que había perdido el sentido.

—¡No fueron ellos, no fueron ellos! ¿Por qué crees que llevo escondida todo este tiempo?

Me quedé muda, sin palabras.

—Siempre son los mismos. ¿No lo entiendes?

Claro que no lo entendía, no sabía a qué se refería.

—Los mismos que mataron a tus padres. No murieron de tuberculosis. Los encerraron en la cárcel por rebelarse contra el señorito. Después enfermaron, pero no permitieron que ningún médico los atendiera. El doctor Gutiérrez los dejó morir. Luego, la Guardia Civil os trajo al orfanato, y nosotros os contamos una mentira piadosa.

—¿Qué pasó aquel día en el pueblo?

La monja se sentó de nuevo. Comenzó a girar las manos como si estuviera moviendo un rosario invisible.

—No puedo revivir eso de nuevo. No me pidas eso —comentó suplicante.

Yo necesitaba saber. A veces cuando conocemos la verdad ya no hay marcha atrás, el odio comienza a sacar lo peor que hay en nuestra alma, el mundo se vuelve oscuro y lleno de monstruos.

—Aquellos hombres eran los empleados y los matones del marqués. Él quería recuperar lo que consideraba suyo. La madre superiora se había negado a que nos marcháramos. Os quería a todos, aunque pareciera siempre enfadada. Renegaba de su misión, os insultaba presa de la desesperación, pero aquel día, aprovechando el levantamiento militar, el marqués envió a sus esbirros. Solo tenían que fingir ser milicianos. Mataron a casi todo el mundo y, antes, nos violaron. Yo logré escapar en un descuido. Después, culparon a los militantes de los partidos de izquierda, les dieron el paseíllo y dejaron sus cuerpos frente a sus casas como advertencia.

—¿Fueron ellos? —pregunté sin poder creérmelo. No recordaba los rostros de los asaltantes, era demasiado pequeña, pero mi hermano debía saberlo.

—Sí, al parecer tu hermano fue el que les dio el aviso, el pobre no sabía lo que iban a hacer, le habían prometido que os llevarían a los dos a una buena familia. El boticario le engañó.

Ahora toda encajaba en mi cabeza, si era así, mi vida había sido una mentira.

—¡Tiene que denunciarlo! —grité mientras me ponía en pie y

movía los brazos agitada.

—¿Quién me iba a creer? —me dijo angustiada—. ¿Por qué crees que llevo todo este tiempo escondida? Lo tuve que dejar todo. Un tío lejano me acogió en Santiago. Cambié de nombre. Soy profesora de parvulitos y siempre temo que me descubran.

—Los culpables deben pagar por sus crímenes. ¿No fue eso lo que me enseñó? —le grité fuera de sí.

—Algún día, en el Juicio Final, Dios les pedirá cuentas, nada quedará impune. ¡Te lo prometo!

—¡Denúncielo!

—Siguen gobernando los mismos. Ahora ya no matan como antes, pero no les temblaría el pulso, son unos verdugos.

—Entonces lo haré yo, me vengaré por todos aquellos que no han podido hacerlo.

La monja se puso en pie e intentó retenerme.

—Deja que la venganza la haga el Señor.

—¡Yo lo que quiero es justicia! —grité y la empujé para que no se interpusiera en mi camino. Cayó de espaldas y su nuca se golpeó contra la pata de hierro de la mesa. Se quedó mirándome, pero el brillo de sus ojos se apagó pronto. Un charco de sangre comenzó a extenderse alrededor de su cabeza, como si la aureola de la santidad quisiera revelar al mundo que la hermana Lucía era una santa.

No sentí, nada, apreté los puños y me marché. Lucía había sido otra víctima más de aquella manada de lobos.

21. Venganza o muerte

Luisa insistió, no podía retenerla, pero no debía averiguar la verdad. Nadie debía saberla.

—Le pediré a Artai que la lleve a la casa de mi hermano, pero es peligroso que sigamos aquí. Nos matarán a las dos, como han hecho con Lourdes.

La joven me miró dubitativa.

—Puede que tenga razón. Indagaré con la periodista que sacó los artículos y si me promete que veré a Quiroga.

Le prometí todo. Quiroga era mi último trabajo, mi obra de arte. Necesitaba terminarla, era el colofón a una vida dedicada a Fonsagrada y a los niños, a mis niños.

Salimos de la habitación, nos dirigimos al pasillo. No había ni un alma, debían ser ya las tres de la madrugada. El último obstáculo era el bedel de la entrada.

—Hay otra salida por las cocinas. Es por donde traen la comida y sacan la basura —le comenté. Conocía perfectamente el edificio.

Mientras nos dirigíamos allí, Luisa se giró y me preguntó:

—¿Cómo sabe tanto sobre mi familia?

—He sido la maestra de todos los jóvenes del pueblo. Siempre me he interesado por ellos.

Luisa siguió caminando hasta las cocinas. Luego salimos a la noche. La lluvia se había convertido en nieve, y la luz de las farolas se reflejaba en la blancura del manto de nieve. Entonces, nos encontramos de frente con mi hermano.

—¿Usted? —preguntó extrañada Lucía, pero ya no pudo decir nada más. Le golpeé con fuerza en la cabeza con un gran cucharón de la cocina y la joven se cayó al suelo inconsciente.

—Nunca pensé que vendrías a mí, sin duda a veces Dios parecen favorecer a los audaces, como decía la hermana Lucía, por ella llevas su nombre.

3ª PARTE: QUIROGA

22. Volver a empezar

Las oportunidades que nos da la vida nos demuestran que, por lo general, no somos conscientes de lo efímero que puede ser todo. En un instante, todo puede terminar. A esto se suma que, cuando somos jóvenes, nos creemos inmortales. La experiencia debería enseñarnos algunas lecciones, pero en la juventud solemos confiar demasiado en los demás. Andrea me había engañado. Ahora estaba en la parte trasera de una furgoneta, con los ojos vendados, amordazada, las manos atadas y un intenso dolor en la cabeza.

El hermano de Andrea no era otro que Francisco Quiroga, el hombre al que había estado buscando todo este tiempo. Lo que no entendía era por qué me sacaban del centro ni adónde me llevaban. No tardé mucho en descubrirlo.

La nieve ya lo cubría todo. Escuchaba el crujido que provocaba las ruedas sobre la nieve virgen y el frío hacía que me ardieran la cara y las manos. La furgoneta se paró unos minutos más tarde lo que indicaba que no debíamos estar muy lejos del centro.

Escuché cómo se abría la portezuela, medio oxidada. Luego, el frío me besó la cara y, enseguida, sentí unas manos tirando de mis brazos.

—Venga dormilona.

Por primera vez escuché la voz de Quiroga y no me era para nada desconocida. Mi cerebro intentaba recordar dónde la había escuchado antes. Sabía que lo conocía. Su cara estaba mucho más ajada por el tiempo, pero sin duda era él.

Me puse en pie con dificultad. Me dolían la espalda y la cabeza, sentía el cuerpo helado y la nariz me goteaba. Me llevaron hasta una puerta. A través de una venda que me tapaba los ojos, percibí la luz antes de que me empujaran al interior. Sentí el calor de inmediato. Caminamos por varios pasillos hasta que entramos en una sala que parecía más espaciosa.

—Querida Lucía o, debería decir, Luisa, que es tu verdadero nombre.

Quiroga me quitó la venda de los ojos y la mordaza. El resplandor

me dejó ciega unos instantes. Me sentaron frente a la chimenea.

—El fuego tiene algo especial. ¿No crees?

No salía de mi asombro, Ángel Gutiérrez, el director, estaba delante de mis ojos.

—¿Qué han hecho con Andrea? ¿Se encuentra bien?

—No se preocupe por la vieja, no le pasa nada. Simplemente ha regresado a su cuarto y se portará bien.

Intenté respirar hondo para calmarme, aunque aquella situación me superaba.

—No vino para trabajar con nosotros. Al parecer está buscando respuestas. Puede que nosotros podamos darle algunas —dijo Quiroga mientras se sentaba a mi lado. Su cara parecía arder por el reflejo del fuego.

—Únicamente quiero saber quién mató a mis padres y por qué me inculpó a mí. Usted estuvo allí aquel día —dijo mientras me giraba hacía Quiroga.

El hombre apoyó el mentón sobre el puño y sonrió.

—Es una larga historia, pero imagino que tenemos tiempo.

—Todo el tiempo del mundo. Nadie sabe que Luisa está aquí. Al fin y al cabo es una total desconocida en Fonsagrada, ni siquiera utiliza su verdadera identidad. Podemos hacer que se esfume como si nunca hubiera existido —dijo Gutiérrez. Sus ojos brillaban reflejados por las llamas de la chimenea.

—Una de las ventajas de estar sola es que no tengo nada que perder ni a nadie que proteger. Pero me he tomado algunas libertades —dije, manteniendo la calma—. He dejado toda la información que sé sobre el centro y sobre lo que les ocurrió a mis padres en la “nube”. Está programada para enviar, a todos los medios locales de Galicia y nacionales, los archivos que he almacenado. Puede que no ocurra nada... o tal vez el centro vuelva a estar en el punto de mira de la prensa y les hagan muchas preguntas —añadí, con la voz más serena que pude. Quería que se lo pensarán bien antes de deshacerse de mí.

—Buena jugada, pero nadie creerá a una loca. Como psiquiatra voy a firmar un informe que la incapacita. Luego accederemos a su información y la desactivaremos. En el caso de que algo llegue al

final a los medios, cuando vean su estado mental no querrán hacerle caso. Las autoridades y la Guardia Civil están de nuestro lado —dijo Gutiérrez con su típica seguridad de macho alfa.

Intenté que no se notara el pánico que comenzaba a invadirme. Estaba decidida al menos a descubrir la verdad.

—¿Por qué acabaron con mis padres? ¿Qué mal les habían hecho?

—Nadie puede salir de Fonsagrada y esperar que no tenga consecuencias. Tu madre había hecho una promesa y jurado que serviría a la comunidad. Desde hace mucho tiempo todos nosotros tenemos una misión sagrada, que se cumpla la justicia —comentó Quiroga, pero el director le mandó callar.

—No importan las razones. Debía haber seguido con su vida ahora que era libre.

—¿Por qué han matado a Lourdes?

—Eso fue culpa suya.

Las palabras de Gutiérrez me golpearon directamente en la cara, en el fondo me sentía responsable por su muerte.

—¿Siempre actúan así? Asesinan gente y después echan la culpa a otros. Hagan conmigo lo que quieran, pero ya no estoy dispuesta a cargar con más culpa, lo siento.

23. Encerrada para siempre

Mientras me tenían retenida en aquella casa, uno de los bedeles me había registrado el cuarto. Regresamos poco tiempo después. Me habían desatado las manos, aunque me habían inyectado tantos tranquilizantes que parecía que me habían realizado una lobotomía.

Apenas veía dónde me llevaban, lo único que logré retener era la imagen de la puerta de psiquiatría. Me pondrían en aislamiento y tirarían la llave.

Estuve dormida muchas horas, no sé cuántas. Cuando desperté me dolía mucho la cabeza. Me puse en pie y noté que me tambaleaba. La habitación estaba a oscuras. Busqué un interruptor, pero no había ninguno.

—¡Mierda! —exclamé mientras sentía que me ahogaba, que me faltaba el aire. Tras varios años encerrada no soportaba los espacios cerrados, sobre todo si tenía la sensación de no poder escapar.

Miré a la otra pared y vi una ventanita minúscula, me subí a la cama para asomarme, pero era aún de noche y los copos de nieve seguían cayendo, ahora con más intensidad.

Necesitaba aclarar mi mente. ¿Por qué Andrea me había entregado a esos hombres? ¿Se había arrepentido de ayudarme? No se lo reprochaba, no quería acabar como Lourdes.

—Bueno, quería entrar en la zona psiquiátrica, pues ya lo estoy —me dije para tomarme las cosas con más humor. Después me senté en la cama, aunque apenas era un colchón sobre un somier viejo metálico.

Intenté tranquilizarme y pensar un poco, debía tener la mente fría. Mi única misión en aquel momento era escapar de allí.

Debía haber hecho caso a mi intuición, me dije mientras me tumbaba en el colchón.

En ese momento, escuché un ruido en el pasillo. Me acerqué a la puerta y pegué el oído. Los pasos se detuvieron justo enfrente. Me aparté un poco. Oí el tintineo de las llaves y, enseguida, la cerradura girar. Intenté buscar algo con lo que golpear con fuerza, pero la habitación estaba completamente vacía.

—Lucía —dijo la voz en medio de la oscuridad.

—¿Artai?

El joven me miró de arriba abajo.

—¡Qué mal aspecto tienes! —exclamó al verme la cara.

—¡Gracias! He olvidado el maquillaje en mi cuarto —bromeé aunque era lo último que me apetecía hacer.

—Voy a sacarte de aquí.

No entendía por qué se arriesgaba tanto por una desconocida, pero lo seguí fuera de la celda y, al instante, me sentí un poco menos angustiada.

—No puedo irme todavía.

El chico me miró sorprendido.

—Necesito saber algunas cosas. No he arriesgado tanto por nada.

Debió ver mi cara de determinación, porque no insistió mucho. Mientras nos dirigíamos hacia la parte trasera del centro le expliqué por qué estaba allí. Artai no pareció sorprenderse.

—Entonces, ¿estás segura de que quieres ver a Quiroga? —preguntó mientras me metía en un cuarto.

—Lo necesito.

—Ese hombre es peligroso. Siempre procuro mantenerme alejado de él —dijo muy serio, pero no hacía falta que hablara porque su rostro reflejaba pánico—. Pues tendremos que ir bien preparados.

Tomó una TASER que usaban en casos extremos y nos encaminamos con decisión hacia el cuarto de Quiroga.

—Si está dormido podremos pillarle por sorpresa. —Me tomó de la mano y corrimos por el pasillo hasta la habitación, pero justo en ese momento Mauricio salió de una habitación y se atravesó en nuestro camino.

—¿Dónde creéis que vais? —preguntó mientras ponía los brazos en jarras, cortándonos el paso—. Artai, eres más estúpido de lo que imaginaba, parece que ese coñito te ha hecho perder la cabeza. No te preocupes, en el área de psiquiatría curamos también la estupidez.

24. Suerte

Creo que la única forma de enfrentarse al destino es venciendo el miedo. El valor no es su ausencia, sino la capacidad de sobreponerse y no rendirse jamás.

Artai me colocó detrás de él, todavía estaba aturdida por los calmantes.

—¡Déjanos pasar!

—No eres más que un mocoso. En este pueblo, ellos son los que mandan, y es mejor saber de qué lado estar —dijo Mauricio. A pesar de rondar los sesenta, aún se le notaban los brazos musculosos y la espalda ancha.

—¡Todo esto tiene que terminar! —exclamó el chico con la TASER en alto, pero temblando como si la corriente le estuviera apuntando a él.

—Nunca terminará. Este pueblo y todos nosotros estamos malditos. Tenemos la sangre podrida, lo único que podemos hacer es mantenernos unidos. Si la gente descubre lo que ha estado pasando aquí, ¿crees que nosotros saldremos bien librados?

Aquellas palabras parecieron hacer recapacitar a Artai, pero al escucharme respirar pesadamente a su espalda, no pudo evitar hacer lo correcto. Extendió el TASER, Mauricio logró esquivarlo y le retorció el brazo. El TASER se cayó al suelo.

—Acabarás como Lourdes o encerrado en el psiquiátrico, pero creo que eres demasiado estúpido para entenderlo.

Artai se retorció de dolor en el suelo. Cuando me agaché con dificultad, tomé el TASER, apunté a Mauricio y lo activé. Mauricio comenzó a convulsionar, intentando resistirse. Por un momento, creí que lo lograría, pero, tras erguirse y mirarme a los ojos, cayó redondo.

—¿Estás bien? —pregunté a Artai mientras le ayudaba a incorporarse.

—Sí, estoy bien. Ayúdame a esconderlo.

Le arrastramos hasta un trastero, el chico le ató las manos a la espalda y después le metió un trapo en la boca.

—Espero que podamos ganar un poco de tiempo. ¿Estás segura de que no prefieres escapar?

Negué con la cabeza. El joven cerró la puerta con llave y seguimos hasta pararnos enfrente de la puerta de Quiroga. La abrió con la llave maestra y entramos.

El cuarto estaba en penumbra, pero se intuía que era más amplio y mejor decorado que la mayoría.

Artai encendió la luz y vimos el cuerpo de Quiroga en la cama. El hombre se despertó sobresaltado e intentó sacar algo de la mesita.

—¡Ni se te ocurra! —gritó mientras le apuntaba con la TASER.

El hombre levantó las manos y se incorporó en la cama.

—¿Qué es lo que quieres saber? —me preguntó Quiroga.

Estaba tan abrumada que no sabía por dónde empezar.

—Háblame de mi madre y por qué la repudió su familia.

Quiroga nos miró, se recostó contra el cabecero y comenzó a hablar.

25. Madre

Quiroga comenzó contándonos por qué mi madre había escapado de Fonsagrada.

—La familia de tu madre siempre fue de las más rebeldes del pueblo. Nunca reconoció la autoridad de los Gutiérrez, quienes siempre habían sido fieles al marqués. Pero, tras la guerra, él se arruinó por culpa del juego.

El padre del director se hizo con casi todas las tierras y las mejores casas. Mucha gente emigró a Brasil y a otros lugares. Cuando murió, su hijo, Gutiérrez, tomó el control de todo y fundó la residencia y el psiquiátrico.

Respiró, paró un segundo como si le costara hilar las palabras y continuó.

—Tu madre estudió para trabajar aquí. Los Gutiérrez eran muy persuasivos, y tu familia no pudo negarse. Cuando tu abuela lo intentó, la ingresaron. Luego la soltaron, pero para entonces, todo el mundo les tenía miedo —relató Quiroga mientras yo lo observaba con atención. Necesitaba saber por qué había perdido a mi familia tan pronto y quiénes eran los responsables.

—Continúe —le pedí amablemente, aunque sabía que no me iba a gustar nada lo que estaba a punto de descubrir.

—Tu madre vio lo que el director hacía con los pacientes y los ancianos y no le gustó. Los ofrecían para pruebas médicas de las farmacéuticas, Eran cobayas humanas.

—¡Dios mío! —exclamé mientras me tapaba la cara con las manos.

—En los años noventa todavía se permitían muchas cosas que ahora estarían prohibidas. Por eso se convirtió en un cabo suelto. Gutiérrez siempre quiso deshacerse de ella. Durante mucho tiempo no la localizamos, pero cuando descubrimos dónde se encontraba fuimos a por ella. La encontré, tenía la orden de asesinarla a ella y tu padre, pero me prometió que no diría nada. A Gutiérrez le dije que estaba muerta.

—Por eso no hizo nada todos estos años.

—Sí, pero tu madre quiso contactar con la familia y él se enteró.

Se enfadó al enterarse de lo que había hecho y me amenazó con matarme si no acababa el trabajo. Me escapé y aquel día fui para advertirles —se disculpó el hombre, aunque no creía ni una palabra.

—¿Por qué iba creerle? Ahora está con él y parece su mano derecha.

El hombre carraspeó.

—Mi hermana intercedió por mí y ella tiene mucho poder sobre Gutiérrez y otros muchos.

—¿Andrea? —le pregunté extrañada.

—Sí, Andrea. Todo esto tiene que ver con ella. Fue la que inició todo cuando se puso de maestra.

Artai y yo nos miramos incrédulos.

—Eso no tiene sentido.

—Yo no maté a tus padres y pagué un precio muy alto por ello. Si quieres saber quién lo hizo, tendrás que preguntárselo a ellos dos.

26. Noche y día

Me sentía confundida. Quiroga parecía querer disculparse por su participación en la muerte de mis padres. Todo apuntaba a que Gutiérrez había dado la orden, pero entonces, ¿quién había incendiado la casa y me había inculpado?

—Ya tienes tus respuestas —dijo Artai desesperado porque nos marchásemos de allí.

—No, espera un momento. ¿Por qué dijo antes que Andrea estaba detrás de todo esto?

El hombre levantó la vista, parecía cansado de proteger durante tanto tiempo a su hermana.

—Ella era un ángel, pero todo lo que sucedió la convirtió en un monstruo. Regresó de Santiago de Compostela muy cambiada. Yo creía que era por la muerte de su novio... una pérdida así puede acabar con la felicidad de cualquiera. Se convirtió en profesora; yo trabajaba en el campo. Pero la gente empezó a notar cambios en sus hijos. Les enseñaba cosas que los convertían en sus seguidores más fieles. Una de ellas fue tu madre, ya te lo dije. La quería tanto que le puso el nombre de la monja, aunque en origen se llamaba de otra manera —dijo el hombre, como si cada palabra le aliviara de una gran carga.

—¿Ella los manipulaba? —le pregunté extrañada.

—Sí, quería vengarse de todo el pueblo, de su complicidad en la muerte de mis padres, de las monjas y, más tarde, de los represaliados por su militancia de izquierdas. A nadie parecía importarle tanta injusticia, por eso ella decidió tomar cartas en el asunto —dijo mientras intentaba incorporarse.

—¿A dónde va? —preguntó Artai.

—¿Puedo? —preguntó mientras señalaba el escritorio.

Se aproximó y lo abrió con una llave. Sacó cuadernos escolares, informes y otros materiales.

—Mírelos por usted misma.

El hombre se apartó, y me acerqué. En aquellos cuadernos había explicaciones terribles, tergiversando pasajes de la Biblia. Incitaban

a los hijos a volverse contra sus padres, llamando a los primeros hijos del Diablo y a los segundos hijos de la Justicia.

—¿Me está diciendo que creó una especie de secta? —le pregunté sin saber cómo tomar aquello. Era mucho más enrevesado de lo que jamás había imaginado.

El hombre se aproximó a mí y con el rostro compungido me dijo:

—Ha creado un ejército de asesinos, dispuestos a hacer cualquier cosa por ella. El primero de todos fue Ángel Gutiérrez, y después, le siguieron todos los empleados de este centro, incluido Artai. Lo que no sé es por qué la ayudan.

Me giré y miré al celador, que parecía ponerse nervioso.

—Yo no he sido alumno de Andrea, hace más de dos décadas que no da clase, pero... —dijo mientras la voz le comenzaba a temblar—. Organizaba excursiones y daba catequesis. Nos contaba todas esas historias tan horribles de la Guerra Civil y nos decía que todo el pueblo debía pagar por ellas. Incluso nos adiestraba para que pudiéramos ser crueles con los adultos —dijo al punto del llanto.

—¡Quiero ver a Andrea! —exclamé mientras me dirigía a la puerta.

—¡Es demasiado peligroso! ¿Sabe a cuánta gente ha ordenado matar? ¡Mi hermana está loca!

—Pues a mí no me ha ordenado matar... y creo saber por qué.

Los dos me miraron sorprendidos.

—Vamos, me acompaña, Artai.

—¿Sigues confiando en mí? —me preguntó mientras se encogía de hombros.

—Eres el único que ha tratado de salvarme la vida.

—¿Qué hacemos con Quiroga?

—No voy a decir nada.

No creímos ni una palabra de lo que aquel hombre pudiera prometer, le atamos y salimos de la habitación después de encerrarlo con llave.

27. La verdad

No hay nada más difícil de alcanzar que la verdad. Llevaba toda mi corta vida buscándola y parecía alejarse de mí a cada instante. Ahora que estaba a punto de atraparla, me daba miedo conocerla por completo.

—¿Dónde puede estar? —pregunté al celador.

—En su cuarto, rara vez sale de ahí.

—¿No la estarán protegiendo? Tendrá vigilancia.

El hombre negó con la cabeza.

—Una reina en su reino no necesita protección. Todos los que la rodean somos sus súbditos, sobre todo en el convento. Se ha convertido en la reina de este terrible hormiguero.

Llegamos enfrente de la puerta, entramos en la habitación, pero no estaba allí.

—Andrea me dijo que en la parte psiquiátrica estaba mi abuela. Ella lleva años torturándola.

Artai me miró sorprendido.

—Debe estar en la parte de peligrosos, allí nunca he entrado, está en la parte detrás de la capilla, donde estaba el antiguo orfanato.

Aquellas palabras hicieron que se me erizara la piel. Andrea, de alguna manera, debía considerar esa zona del convento su santuario. Era como adentrarse en el corazón mismo del mal. Recorrimos varios pasillos sumidos en una oscuridad absoluta. Cada uno parecía más solitario e inquietante que el anterior. Nos acercábamos al corazón del antiguo psiquiátrico y del orfanato.

—No pensé que esto sería tan grande.

—Este convento femenino llegó a ser de los más grandes de Lugo. Algunas zonas han estado supuestamente clausuradas desde hace años.

—¿Cómo puede estar mi abuela ahí dentro?

—No lo sé todo, pero Mauricio lo llamaba la zona de peligrosos —dijo Artai mientras encendía su linterna. Ya no se veía nada.

Escuchamos gritos y todo tipo de ruidos extraños. Incluso la atmósfera parecía enrarecida por el polvo y la humedad.

Abrió una última puerta y, a partir de ahí, era como si el tiempo se hubiera detenido. Todo permanecía exactamente igual que en los años treinta del siglo xx. Aquel era el reino secreto de Andrea.

No me había planteado cómo nos íbamos a enfrentar a ella. Era una anciana débil y medio enferma, pero sus peores armas seguían intactas.

Llegamos hasta una gran recibidor y unas escaleras de piedra.

—¿Por dónde vamos?

Artai se encogió de hombros. Entonces escuchamos un ruido arriba.

—Por las escaleras —dije mientras comenzaba a ascender.

—Creo que deberíamos irnos —comentó Artai. Sus manos temblaban tanto que la luz se movía sin control, le tomé de la mano y le hablé suavemente.

—No nos va a pasar nada. Andrea va a pagar por todo el mal que ha hecho.

Aquellas palabras parecieron tranquilizarlo. Seguimos subiendo y, con cada paso, me sentía más nerviosa. Tenía la sensación de haberle transmitido toda la seguridad que aún me quedaba a mi amigo, mientras yo me hundía en la incertidumbre.

Lo único que me mantenía firme era la certeza de que, aquella noche, saldría de allí con algunas respuestas y encontraría un poco de paz para mi alma.

Las escaleras parecían interminables y, a cada paso, los ruidos se escuchaban con más fuerza. Estábamos acercándonos al corazón de la bestia.

28. Pecados del pasado

A veces, no queremos llegar a nuestro destino, porque nos parece demasiado peligroso.

Nos detuvimos en el pasillo. Al fondo, se veía una luz, justo desde donde provenía el ruido. Nos acercamos muy despacio, como si en el fondo no quisiéramos llegar.

La puerta del final estaba entreabierta. Miramos por la rendija y vimos que era un anfiteatro, una especie de antigua aula magna, similar a las que se usaban en el siglo XIX para disecciones públicas y autopsias, donde los alumnos de Medicina podían observar el funcionamiento del cuerpo por dentro.

—¿Qué es esto? —susurré al oído a Artai. Se encogió de hombros.

—Es la primera vez que lo veo.

Me asomé un poco y vi al doctor Gutiérrez y a Andrea junto a la mesa, donde tenían atada a una persona, que no lograba distinguir.

Comenzaron a hablar y escuchamos su conversación.

—Tenemos que deshacernos de la chica, es demasiado peligrosa.

—No, se hará como yo digo —comentó la anciana, que, a pesar de sus años, tenía la voz más enérgica que nunca.

—Tenemos que parar, no puedo contener durante más tiempo a la inspección, las cosas ya no son como antes.

—No, hasta que muera el último. Como ocurrió con el pueblo de Israel en el desierto, ninguno de la generación de Moisés entró en la Tierra Prometida. Todos deben morir; es la única forma de salvar a este pueblo. Pero antes debe haber una última víctima: el cordero sacrificado durante la noche de Pascua, cuando el Ángel de la Muerte pase para llevarse a los primogénitos.

Miré con más atención y, entonces, vi que la persona sobre aquella camilla era mi abuela. ¿Sería ella la víctima de la que hablaba Andrea? Comencé a temblar. Deseé salir corriendo de allí, pero no podía permitir que mataran a nadie... y mucho menos a mi abuela.

29. Sacrificio

—¡Alto! —grité mientras corría por los graderíos.

Andrea y Ángel levantaron la mirada. No parecieron muy sorprendidos de verme. Artai me seguía con la TASER en la mano.

—Veo que al final ha podido escapar, una mujer como usted siempre tiene sus métodos para seducir a las almas simples —dijo la anciana mientras miraba al chico, que bajó la vista y la mano en la que tenía la TASER.

Me puse justo enfrente de los dos. Mi abuela parecía aturdida, como si la tuvieran drogada.

—Estamos a punto de acabar con la maldición de este pueblo. Han sido muchos años de dolor, pero aún faltaba un último sacrificio —dijo Andrea, con una energía en su cuerpo que nunca antes le había visto.

—Todo esto es una locura. Lo que pasó fue a causa del fanatismo y la guerra —le contesté, intentando hacerla entrar en razón.

Ángel le quitó de la mano el TASER a Artai y este no se resistió.

—No entiende lo que sucedió en Fonsagrada. La sangre de este pueblo está maldita.

Ángel intentó aferrarme de las manos, me resistí e intenté abalanzarme sobre Andrea. En ese momento la mujer dio un grito y Artai, como si estuviera hipnotizado, me agarró una mano y Ángel la otra.

—¿Qué haces? ¡Están locos! —le grité mientras intentaba soltarme.

—Te lo pedí, casi te lo supliqué. Quería que nos fuéramos.

Los dos hombres me ataron las manos y apartaron a mi abuela de la mesa. Se veía tan frágil y vulnerable que, al dejarla en el suelo, comenzó a retorcerse de dolor.

—¡Abuela!

Surgió en mi interior un sentimiento inexplicable y ancestral. Me resistí con todas mis fuerzas, pero cuando mis tobillos y muñecas quedaron inmovilizados, Andrea se acercó de nuevo.

—Su vida no vale mucho, es una fugitiva. Nadie la ama ni la

espera en este mundo.

—¡No es verdad! —contesté angustiada.

—Sí lo es. Su vida es prescindible, pero al menos servirá para algo.

La miré a los ojos, que parecían arder con todo aquel odio acumulado durante décadas.

—Lucía era inocente, también mis padres... ¿Por qué los mandaste asesinar? ¿Quién lo hizo?

Andrea sacó un cuchillo de debajo de su chaqueta y lo acercó a mi cuello.

—Eso niña, ya no importa.

30. Enfrentándose a la muerte

Siempre he escuchado que, cuando estás a punto de morir, pasan por tu mente las imágenes de toda tu vida, como si el cerebro intentara repasar los momentos felices de tu existencia. La mayoría de los recuerdos eran con mis padres. La sonrisa de mi madre, con aquella capacidad de amar y darse sin esperar nada a cambio. Recordé las noches que había pasado en vela cuando era pequeña, cómo me mimaba cuando me encontraba enferma. Después, cuando llegué a la adolescencia, cómo nos separamos hasta convertirnos en dos desconocidas. Ya no volvería a hacer magdalenas con ella ni el pastel para el cumpleaños de mi padre. Era la niña de sus ojos; me contaba cuentos todas las noches hasta que me quedaba dormida en sus brazos. Todavía siento todo el daño que les hice y esa rabia que sentía hacia las personas que más he amado en el mundo.

—¿Por qué lo hiciste? —grité mientras me sacudía de rabia.

La anciana bajó el cuchillo hasta mi pecho y con él cortó los botones de mi blusa.

—Todos formamos parte de algo más grande y profundo. Nuestras vidas son insignificantes, yo estoy en el límite mismo de la muerte. Esta vida apenas es un suspiro. Nos veremos juntas en la eternidad.

—¡Alto! —se escuchó y un fuerte eco atravesó todo aquel gran auditorio. Intenté girar la cabeza, pero apenas vi entre Ángel y Artai la figura de Severiano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Ángel con el rostro enrojecido.

—Se ha terminado, la policía está en camino.

Ángel intentó frenar a Severiano, pero este le derrumbó de un solo golpe, Artai salió corriendo y Andrea intentó hundirme el cuchillo en el corazón.

31. Salvación

Noté que el metal me atravesaba la piel y a continuación la carne. Primero la hoja estaba fría y más tarde ardiente, como si me estuviera poniendo en la piel un hierro incandescente.

—¡Ahhh!

Severiano le sujetó la mano antes de que la hoja alcanzara mi corazón. Forcejearon unos segundos hasta que logró que soltara el cuchillo, cuyo sonido metálico retumbó en el suelo del aula.

—¿Qué haces? ¡Maldito, la maldición tiene que terminar! —gritó la mujer fuera de sí. Al final el hombre le dobló la mano y la anciana cayó al suelo.

Severiano aprovechó para desatarme y quitarme de la mesa.

—Mi abuela —le dije mientras tomaba mi mano. El hombre se giró y la cogió en brazos.

Mientras caminábamos hacia la salida, Ángel tomó el cuchillo y lo lanzó, pero afortunadamente no nos alcanzó.

—La puerta está cerrada con llave —dije mientras forcejeaba.

Miramos a lo alto del graderío, teníamos que volver por donde habíamos venido.

Andrea logró ponerse de nuevo en pie, tomó una antorcha apagada y la encendió. Prendió fuego a la camilla y, más tarde, a los asientos forrados de piel. Las llamas comenzaron a extenderse con rapidez, pero el humo lo hizo aún más deprisa. Nos faltaba el aire.

—¡Nadie saldrá vivo de aquí! —gritaba fuera de sí. Mientras nosotros intentábamos alejarnos lo máximo posible.

Cuando llegamos a la parte más alta y antes de atravesar la puerta, me giré, Andrea estaba envuelta en llamas, mientras Artai y Ángel intentaban escapar del fuego. Me tapé la boca y salimos a la oscuridad del pasillo que se había convertido en una chimenea, extendiendo el humo por todo el convento.

Pensé en las decenas de ancianos que había en el centro, debíamos hacer algo para ponerlos a salvo.

32. Escape

Pensé que lo peor había pasado. Severiano corría a mi lado con mi abuela en brazos; el humo se metía por nuestros pulmones y nos irritaba los ojos. Cuando llegamos a la sección de psiquiatría, Severiano comenzó a dar órdenes para que abriesen las habitaciones y sacaran a todos los pacientes.

—Quiroga está atado —le dije mientras pasábamos por su puerta. Severiano la abrió y contemplamos al hombre tumbado en la cama con el cuello seccionado en medio de una gran mancha de sangre. Aparté la vista, cerramos y seguimos adelante.

Parecía que el fuego crecía cada vez más rápido en los largos pasillos abiertos, donde el aire corría y avivaba las llamas. Cuando llegamos a la zona de residentes, nos encontramos con Rebeca, que estaba intentando sacar al mayor número posible de ancianos. Muchos se movían con dificultad, y otros tosían a causa del humo.

Intenté ayudarlos y, cuando todos estuvimos cerca de la puerta, vi que el fuego nos había adelantado por la fachada. No había salida.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rebeca a Severiano.

—Por la salida de emergencia —indicó con la cara. Llevamos a todos hacia el pasillo lateral. Abrimos las puertas y la gente comenzó a salir.

Severiano dejó a mi abuela en el suelo y entró a salvar a más gente.

Me acerqué a la anciana, que me tomó de la mano. Su piel era muy fina y podía notar todos sus huesos.

—Lucía, cariño. ¿Has vuelto? —me preguntó confundíendome con mi madre.

—Sí, soy yo —la contesté, mientras le acariciaba el rostro ennegrecida por el humo.

—¡Todo este tiempo he estado esperándote; ahora ya puedo morir en paz! —exclamó en un último esfuerzo y, después, se fue apagando poco a poco.

33. Ambulancia

Las voces parecían amortiguadas por el dolor que sentía; no veía nada de lo que había a mi alrededor. Tampoco noté cuándo se acercaron la policía ni los bomberos. Alguien me puso una manta sobre los hombros. El suelo seguía cubierto de nieve, y el frío me entumecía las piernas

—¿Se encuentra bien? —me preguntó un enfermero.

Afirmé con la cabeza, no tenía fuerzas ni para contestar. Seguía aferrada el cuerpo de mi abuela.

—¿Me deja que me la lleve?

Negué con la cabeza, estaba medio ida.

—Es mejor que nos la llevemos —dijo un Guardia Civil que estaba detrás del sanitario. Sin esperar respuesta la cargaron en una camilla y se la llevaron.

—La vamos a llevar al hospital para que la examinen —me dijo otro sanitario que se acercó.

Me ayudó a incorporarme, me llevó hasta otra ambulancia y me tumbaron en una camilla y me pusieron una mascarilla de oxígeno. Hasta ese momento no fui consciente de profundo ronquido de mis pulmones.

Debieron inyectarme algo porque me dormí y cuando volví a abrir los ojos estaba en un box, totalmente sola.

Comencé a llorar. Había logrado descubrir quién había ordenado matar a mis padres, pero Andrea se había marchado de este mundo antes de decirme quién lo había hecho.

Llevaba tanto tiempo buscando respuestas que, ahora que tenía al menos algunas, parecía que mi vida ya no tenía sentido. Andrea tenía razón: no le importaba a nadie y, si desaparecía de este mundo, nadie me echaría de menos.

Me prometí seguir adelante e intentar dejar el resto de mi vida atrás. Así caí en un profundo sueño.

34. Pesadilla o verdad

No estaba segura de si los calmantes me habían provocado aquella pesadilla o si era el fruto de la tensión de los últimos días. Soñé que estaba en el convento otra vez, pero en los años treinta, cuando aún lo regentaban las monjas. Andrea era una niña pequeña, tenía mucho miedo y me pedía ayuda. Los milicianos estaban atacando a las hermanas, y yo estaba aterrorizada. Me acerqué a ella para sacarla de allí, pero, de pronto, su rostro se transformó, como el de un endemoniado. Di un respingo, me desperté y vi que me habían trasladado a una habitación.

Cuando los enfermeros vieron que me había despertado llamaron al doctor.

—Buenos días, lleva casi 24 horas durmiendo. ¿Cómo se encuentra? —preguntó un hombre con una marcada barbilla, gafas y voz afable.

—Me duele todo, pero bien —dije mientras intentaba moverme pero, de repente, sentí un latigazo en el pecho.

—Tiene una costilla rota, una herida superficial de cuchillo, algunas quemaduras y los pulmones algo afectados, pero saldrá de esta.

En ese momento vi que detrás del médico se encontraba Severiano.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias...

—Les dejamos a solas —dijo el médico mientras se alejaba con el resto del equipo.

—De nada, siento no haber hecho nada antes. Llevaba mucho tiempo sospechando de Andrea y de Ángel, pero no tenía ninguna prueba.

La cara de Severiano parecía más atractiva que nunca, pero había algo en su mirada que no me gustaba.

—Lamentablemente, cuatro residentes han fallecido al inhalar el humo.

—Lo siento... —comenté mientras me reincorporaba.

—No han encontrado los cuerpos de Andrea ni de Ángel, pero imagino que es cuestión de tiempo. Ahora descansa.

—¿Por qué me ha salvado? Ellos eran...

—Siempre se ha rumoreado que Ángel era mi padre, pero en los pueblos hay muchos chismes.

—¿Andrea no te dio clase?

El hombre no respondió, apagó la luz y me dijo que era mejor que descansase un poco más.

35. Piedad

La Guardia Civil vino al día siguiente para interrogarme. Al principio intentaron parecer agradables, pero cuando comencé a darme cuenta de que sospechaban de mí, me puse muy nerviosa.

—Entonces, usted entró a trabajar con una identidad falsa.

—Bueno, sí, porque necesitaba investigar...

Me interrumpió el cabo.

—¿Quién provocó el incendio?

—Ya se lo he comentado —le dije algo seria y cansada. Todavía no me encontraba restablecida.

—¿Puede repetirlo? Han fallecido varias personas en el incendio y resulta que usted es una exconvicta que mató a sus padres en un incendio —dijo el ayudante, algo más joven que el cabo.

—Ya cumplí condena por eso y además, yo no lo hice.

Los dos Guardia Civiles se pusieron en pie y me advirtieron.

—No salga de la habitación, vamos a ponerle vigilancia durante las 24 horas.

—No he hecho nada.

—Eso tendremos que comprobarlo. En cuanto tengamos la orden del juez pasará a arresto preventivo. ¿Lo ha entendido?

Asentí con la cabeza. Después, los dos policías salieron de la habitación y me quedé mirando la puerta un rato, hasta que las lágrimas empezaron a brotar. De nuevo iban a acusarme de un delito que no había cometido.

Miré por la ventana. El cielo seguía gris y comenzaba a llover de nuevo. Pensé en mi abuela muerta, en mis padres... No había podido hacer duelo por ninguno de ellos. Nadie tenía piedad de mí; era como un alma descarnada, incapaz de encontrar un poco de paz.

36. Amor

Nunca había sentido amor, al menos desde que mis padres habían

dejado este mundo. Sabía que no tenía ni la más mínima posibilidad de que me declarasen inocente. Mi única salida era escapar.

Me levanté con dificultad y examiné la habitación. No había otra salida y estaba en la quinta planta, era imposible bajar por la fachada. No tenía escapatoria.

Fui al baño y me senté, estaba llorando cuando escuché la puerta.

—Soy la auxiliar. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Bueno, le dejo aquí unas toallas y jabón.

—Gracias —le contesté intentando secarme las lágrimas.

En ese momento la puerta se abrió y apareció el rostro de la mujer.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llame a la enfermera?

—No, lo siento —dije mientras comenzaba a llorar de nuevo.

La mujer se puso a mi lado y me colocó su brazo por la espalda.

—Lamento mucho lo del incendio, ha sido una desgracia muy grande —dijo con cierto acento del sur.

—Sí...

—¿Quiere dar un paseo? ¿Se siente con fuerzas o le traigo una silla?

—No puedo —le contesté entre sollozos.

—¿Por qué?

—La Guardia Civil —le dije señalando la puerta.

—No hay nadie fuera —comentó sonriente.

La mujer se fue a por una silla y me ayudó a montarme. Salimos al pasillo, estaba completamente vacío. Aquella era mi oportunidad.

37. Escapatoria

Mientras me llevaba por los pasillos me fije en un cuarto en el que había un rótulo que ponía personal. Lo miré y le pedí a la mujer que se parase.

—Quiero ir al baño.

—Claro, cielo. ¿Puedes tu solita?

—Creo que sí.

—Te espero en el mostrador.

La mujer se alejó, pero, en lugar de meterme en el baño, entré en la habitación. Había varias taquillas. Estaban cerradas con llave, pero no eran muy resistentes. Apliqué algunas de las habilidades que había aprendido en el reformatorio y la cárcel, me puse la ropa que había dentro y salí discretamente, con la cara medio tapada por un gorro de invierno.

Mientras me dirigía a la puerta, era consciente de que, una vez más, me encontraba al otro lado de la ley. Tenía que escapar de nuevo y no mirar atrás.

En el aparcamiento exterior, me quedé paralizada. Estaba en Lugo, pero algo lejos de donde había dejado mi furgoneta, que era lo único que me quedaba. Me montaría en ella y me iría lo más lejos que pudiera, a algún lugar donde nunca me encontrarán.

38. Piezas rotas

Cuando tomé la autopista tuve claro hacia dónde dirigirme. Portugal no estaba demasiado lejos y pensé que allí sería mucho más sencillo rehacer mi vida.

Mientras me alejaba de Galicia rumbo a Braga, me preguntaba si Andrea había muerto en realidad y por qué me había ayudado Severiano. No me fiaba de nadie y mucho menos de aquel hombre.

Al atravesar la frontera tuve una extraña sensación de libertad. Aquel me parecía el mejor lugar del mundo para rehacer mi vida.

Portugal apenas se diferenciaba de España. El paisaje era prácticamente el mismo, pero aquella frontera casi invisible me hacía sentir segura.

Pensé que la vida era un largo viaje en el que era mejor no mirar atrás. El pasado me había destrozado la vida y, como la mujer de Lot mientras huía de Sodoma y Gomorra, si alguna vez más me daba la vuelta y miraba mi pasado, me convertiría definitivamente en una estatua de sal.

Epílogo

Había logrado sobrevivir, pero el dinero se acababa. Braga era una ciudad pequeña y hermosa, pero decidí ir hasta Oporto, algo más decadente y bulliciosa. La mejor manera de pasar desapercibida es siempre rodearse de gente.

Busqué en internet noticias sobre lo sucedido en Fonsagrada y si la policía me buscaba, pero apenas había información. Aquello parecía una buena noticia. Ahora era mejor mantener el rumbo y alejarme lo máximo posible de mi pasado, aunque este siempre termina por encontrarte de nuevo.

Como Penélope, mientras la vida se tejía por el día, de alguna manera, todo volvía a destejirse por la noche, como si estuviera atrapada en un eterno bucle sin fin.

OTROS LIBROS

LUJURIA. CRÍMENES DEL SUR 1.

En el centro de la ciudad de Málaga, nadie tiene secretos para nadie. ¿O tal vez sí los tengan?

Hay novelas imposibles de dejar una vez que has comenzado, historias que llevan el suspense a su estado máximo y hacen dudar al lector cada vez que termina un capítulo. En este thriller absolutamente original y adictivo, Mario Escobar rompe los límites de la intriga psicológica con un relato que explora las frágiles fronteras entre la verdad y la mentira.

Amanda Romero es una trabajadora social de la ciudad de Málaga que trabaja en los Servicios Sociales. Su exmarido Arturo es policía, ambos se separaron tras la desaparición de su hija pequeña un año antes. Tras regresar de una baja por depresión, Amanda comienza a investigar una serie de presuntos abusos a menores donde parece que la Jet Set de Marbella está detrás. Junto con la ayuda de su hermana gemela Susana, investigará lo que se esconde entre los bajos fondos marbellíes y, al mismo tiempo, descubrirá unas pistas sobre la desaparición de su hija. Corrupción política, sobornos y trata de blancas son tan solo algunos de los asuntos turbios a los que se tendrán que enfrentar nuestras protagonistas, poniendo en peligro sus vidas y las de sus seres queridos.

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?

Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.

"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".

Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde. Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA

"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".

Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.

Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.

¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?

EL INOCENTE

"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra

conciencia".

Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.

Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.

¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

El Círculo

"Tras el éxito de Saga, Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres"

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan

comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es "El Círculo" y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde "El Círculo"? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.